Nada nuevo

7558

D. L. de F. F.

Nada nuevo y Drama viejo, ó una dádiva elocuente.

# Nada nuevo y Drama viejo ó una dádiva elocuente

por Luis de Figuerola Ferretti

por L. de F. ilustrada sus

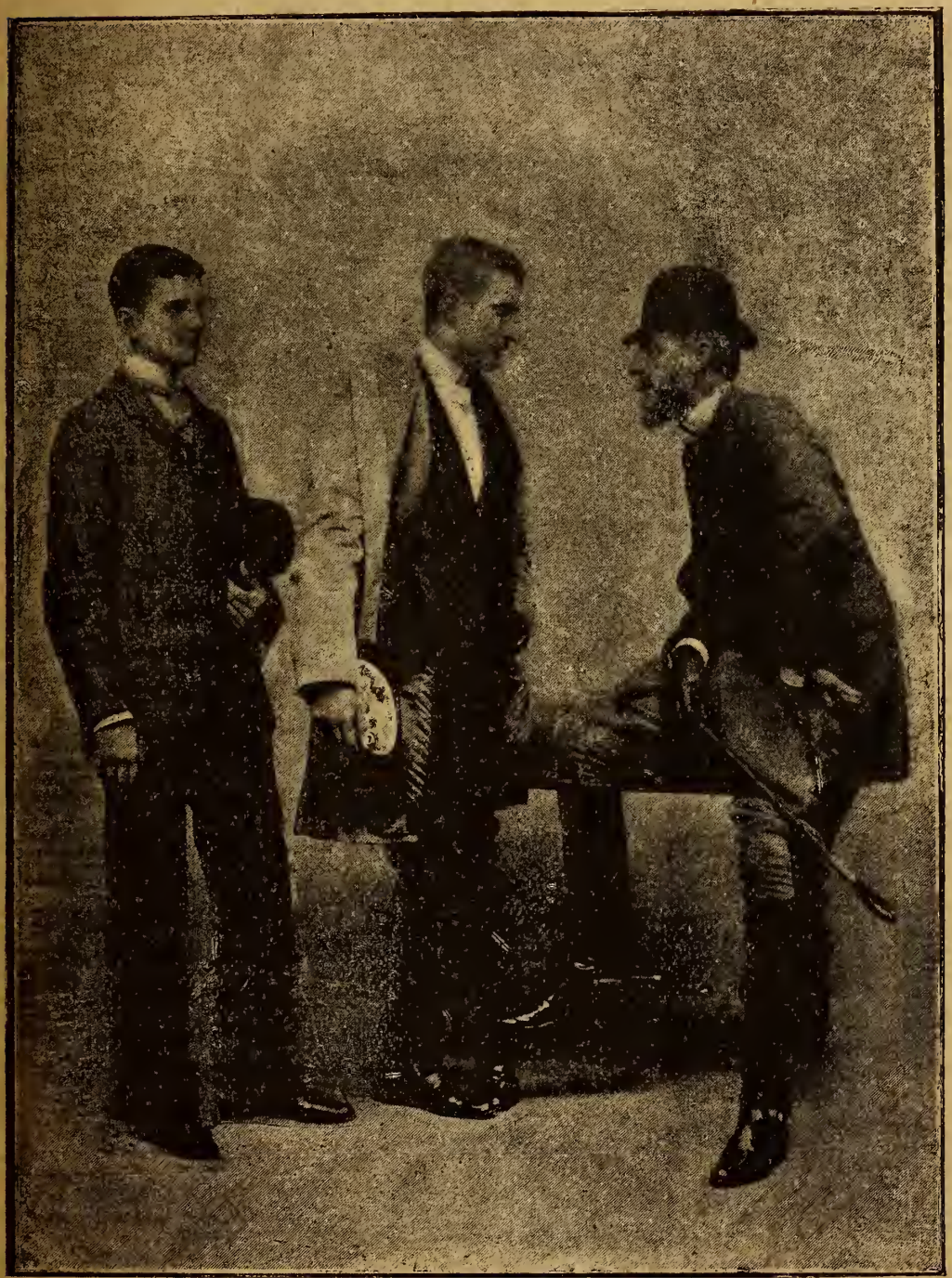
Tres actos de mala prosa

y

unos dibujos de ensayo

MADRID
IMPRENTA DE ENRIQUE MAROTO Y HERMANO
*Calle de Pelayo, núm. 34*

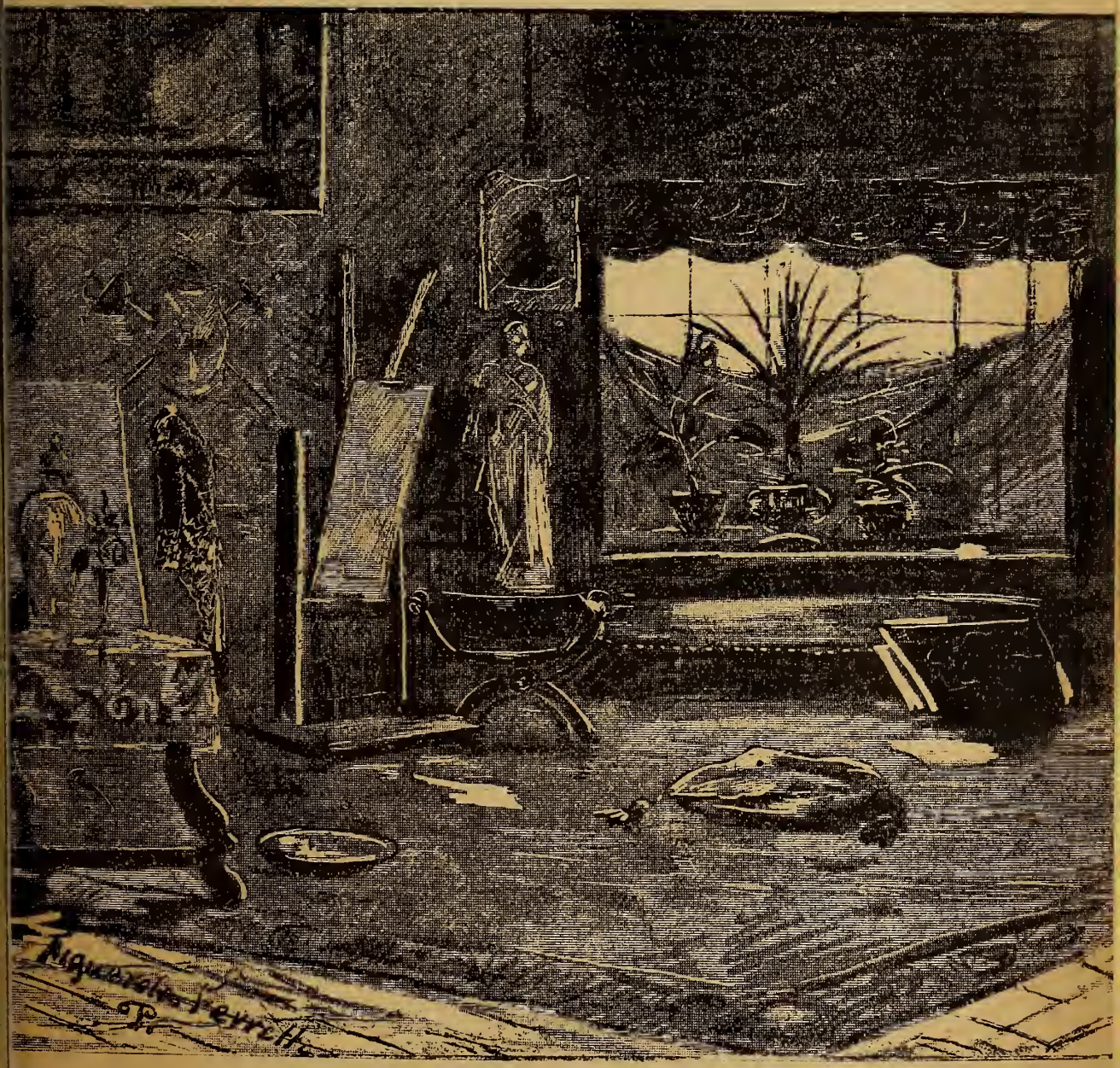
1892



Colaboradores en el cotidiano trabajo, y en el texto y dibujos de éste

250962

Estudio de los laborantes



El taller

# Dedica la obrita á mi Rey

*Que si dió su sangre á la Patria, es natural serle consecuente y justísimo el tributo, aunque insignificante, de estas modestas experiencias en la segunda carrera después de inválido. Al Rey, en quien la patria se representa y encarna; á la Augusta Dama, Su Majestad la Reina, que bondadosa y sabia la regenta.*

El Autor,

Luis de Figuerola Ferretti.

Esto se ha escrito á vuela pluma y sin la menor pretensión, convicto de deficiencia, con la siguiente idea y motivo: pie forzado, si se quiere.

En una discusión, sobre el que algunos desean teatro del porvenir, expuso alguien la duda de que cupiera acción interesante en asunto sencillo de suyo, y exento de los embates y figuras al uso.

Al hallarse solo el que escuchó inconforme y disentía de esa opinión, se propuso presentar escrita y tangible, cual ansía se halle en este boceto, la que hubiera sido su argumentación, si, insistente, hubiera sostenido el debate.

Muchas veces despierto soñó el autor de este esbozo que, si sus medios lo permitieran, abriría frecuentes concursos premiados para estimular á los aptos á que escribiesen sobre temas diversos que propondría á ese fin, para su representación escénica ó para la lectura.

NADA NUEVO Y DRAMA VIEJO, sería una de las variadas indicaciones en que propusiera temas en aquel próspero caso, diseñando las maneras, como el autor apetece, que le entretuvieran; en forma, que ni la impresión amarga y acongojada, ni la agitada y ansiosa, le hubieran de hacer sentir la elección del medio de útil solazamiento en la velada, tras las fatigas y penalidades del día, en que debe buscarse siempre algo de lo primero.

Deseo, al salir de teatro y de toda otra ocupación nocturna, que el lecho y reposo me esperen, sin llevarle descorazonamiento, languidez, ni anemia, sino fogosa sangre nueva, para la jornada del día siguiente; confortación para soportarla, si ha de ser pesada y trabajosa; predisposición á pensar en algo superior, aunque la espere festiva y distraída.

El anterior preámbulo demuestra que *La Dádiva* no se ha escrito con destino al teatro.

Completan esta demostración su dedicatoria, la manera de editarla y factura de algunas escenas con parlamentos á guisa de enunciación de realismos tachables y tanto más necesitados del ataque incesante y sin cuartel, aunque muchos desdeñen tratarlos considerándolos inocentes, cuanto que, corregidos esos y los otros mil indicables, no existirían los repugnantes que aquellos autores creen de necesaria exhibición.

Hasta el presente siglo nadie rompió á andar sin el previo gateo, sencillísima iniciación de la primera de las actividades, como los desarrollos del error y de los impulsos hasta arrastrarnos al acto abominable han sido, son y serán sencillísimos también en sus comienzos.

Amo el teatro como escuela recreativa; pero sé que estoy únicamente llamado á concurrir como discípulo. Para el teatro sólo deben escribir los aptos: harto sería que lográramos lectura los ineptos.

## LA ACCIÓN SE DESARROLLA EN ESPAÑA

**PRIMER ACTO.—Villafranca del Panades.**
**2.° y 3.° idem. —En Madrid.**

# PERSONAJES

Condesa del Manzano.
Duquesa de Errín, sobrina de ésta.
Pubilla Rafolet.
Señorita.....
Tomasa, antigua nodriza de ésta.
Rosita, esposa del Teniente Pérez
General Bostinos, Duque de Errín.
Marqués de Amézcua, tío de la Duquesa y primo de la Condesa.
D. Serapio, médico y académico de la de Ciencias.
Barón de.....
Coronel de Inválidos, D. Carlos de Andrade.
Angel, su hijo.
Capitán, D. Tello Téllez Tellín.
Poeta-Teniente, D. Rafael Pérez y Pérez.
D. Pedro, médico de Villafranca.
D. Zóilo, boticario de Villafranca.
Cabo andaluz.
Soldado catalán.
Mozos y mozas del pueblo de Villafranca, y los chiquets de Valls.
Dos criados.

## EXPLICACIONES PERTINENTES

El Drack consiste en un figurón (lagarto ó cosa así), que se mueve, cargado por un hombre oculto en su interior, el cual dispara pequeñas explosiones de pólvora. Los chiquets de Valls llevan su traje característico de la comarca, y hacen grupos en forma de castillo: al levantarse el telón, aparecerá uno coronado por niños con banderitas. Habrá tamboril y gralla, y se disparará el Drack. Grupos de pueblo y soldados á la puerta del cuartel.

# ACTO PRIMERO

## ESCENA PRIMERA

Villafranca del Panadés en día de su fiesta mayor.—Representa la escena la Rambla de Villafranca y carretera que la cruza. En medio un cuartel de caballería de lanceros, mozos, mozas, chicos, soldados. En la puerta del cuartel dos lanceros de centinela.

Algunos puestos de venta; frutas, bebidas y los típicos cántaros de Villafranca, gralla y tamboril. Grupos de pueblo y soldados, que á poco se deshacen dejando los mozos la escena. Castillo de los Chiquets de Valls. El Drack, que se disparará varias veces. El cabo andaluz y soldado catalán. La Pubilla pasea del brazo de dos mozas.—ANGEL *en el primer término escénico.*

*Varios chicos.* ¡Viva el Drack!....

*Angel.* ¡Cuánto tarda! Hace dos horas que espero.

*Otros chicos.* ¡Vivan los chiquets de Valls!

*Cabo.* Viva esa gracia, salero, y viva esta tierra y su sa. y esas divinas mujeres, que ende er mismo Polonia ce pueen ení á buscá.

*Angel.* Jesús qué impaciencia.....

*Soldado.* No se corra Vd., que estamos en Cataluña y nadie le va á hacer caso; mis paisanas han de ver para creer.

*Cabo.* Pues ni que hubiera yo dicho..... ¡vaya! Pregúntale á ellas si miento yo cuando digo que pa mí las villafranquinas son como los querubines del mismísimo cogollo der cielo.

*Angel.* No sé si ir á la iglesia. Reza hoy más que otros días.

*Soldado.* Y sobre todas la Pubilla. ¿Acerté, cabo Rodríguez?

*Cabo.* ¿Esa?..... ¿La Pubilla Rafolet? ¿Esa?..... No cabe en mi boca lo que por ella dijera..... ¡Cuando la veo!..... Si tocasen botasillas no arcanso yo al mesmo estribo de tantísimo que tiemblo..... y por ella acometo yo á los moros rifleños hasta sin arma ninguna, y me los como toditos para una cinta ofrecerla de cabezas relucientes como esas que le llaman perlas negras, y que le vide en el cuello el día de la exposicion versal á S. M. la Reina.

*Soldado.* Va Vd. ganando mi cabo, que ya la noya se ríe.

*Cabo.* Que se rió, mare santa; ya asomó los dientes y le he visto á mi Pubilla las perlas que yo quisiera juntar con el relicario que llevo yo aquí en el pecho, corgadito por mi mare cuando salí de su lado. ¡Y qué dientes! Jezú, si de chiquititos son un embuste esos dientes.

*Soldado.* ¡Y sigue riendo!....

*Cabo.* Pero, ¿por qué no me mira?

*Soldado.* Porque estas paisanas mías, fora del seus, no miran sino á su esposo.

*Cabo.* Ya se lo oí al pare cura gomitarlo ende er púrpito, iziendo que la mujeres en cuantico dan los ojos zacan á la ventana su arma y autorisan ar que ande las cayes para robarle sus florituras, que son la inocencia y el pudor lo que más me pidió madre que buscara yo en las hembras, y en la que yo le llevara á casa en recogiendo el canuto.

*Soldado.* Sí lo dijo, sí lo dijo.

*Cabo.* ¿Qué?

*Soldado.* Que es veritat—lo va dir lo senyor cura.

*Cabo.* ¡Ah! ¿Tú estabas también allí? Había, según eso, en toitico er escuadrón

*Soldado.* Ya ú erech.— Sí, señor; fora de Vd. y de yo, fueron muchos al sermón.

*Cabo.* ¿Cómo fuera, si estuve yo bien adentro de la iglesia?

*Soldado.* Quiero decir que, además de los dos, había otros, y es así.

*Cabo.* Toma, eso ya lo vide yo solo, y vide también estaba el coronel y todita su familia, y la del segundo jefe, y ese coronel cojo, y la mujer del sargento con su niña la enlutaá, y otros varios capitanes y forasteros del pueblo. Los duqueses y marqueses, esos que dieron er baile anteanoche pá el que fué de futraque nuestro capitán D. Tello Téllez Tellín y ese jovencito que está ahí á pelar la pava *(señalando á Angel)*; ese, que monta la jaca del zeñó D. Rafael Pérez y Pérez, el teniente que brindó verzificando po el Rey que Dios guarde y pá que viva más que los jierros de ezas lanzas cuyo estreno celebramos. Este también sacó las tijeras esas que cubren la parte innoble, según dice mi sargento; y salierón las chisteras que no había yo visto otra vez deje que fuímos á Barcelona pa que ende los barcos ingleses y el emperaor de China y los turcos y franceses, musulmanes y los indios y el mismo surtán de Rusia se asustasen viendo tropas españolas que no tiran cañonazos que hagan aquel ruidazo mayúsculo, pero cargan en pelo, lo mesmo estando en ayunas que sin dormir ni bebé de lo tinto ni lo blanco, ar grito solo de España.

## ESCENA II

Señorita modestamente vestida de negro volviendo de la iglesia hacia su casa *(derecha del espectador)*.—ANGEL, *esperándola en primer término escénico, se dirige hácia ella entusiasta.*

*Señorita. (Con tono cariñoso.)* Angel, respete á su padre, cuyo encono sería mortal para mí.

*Angel.* Yo le acato y obedezco. A los bailes fuí por su gusto y estuve por él..... en el que dió la condesa.

*Señorita.* ¿Estuvo Vd.? (*alarmada*)..... ¡Bien hecho! (*resuelta conformidad*).

*Angel.* Pero en la danza, mi dueño, lo mismo que ante el altar, sólo tengo un pensamiento; y las frases que á otras digo, y creo que hasta mis preces, no tienen más fin que tú, ¡esperanza mía; mi anhelo y único bien de mi vida! ¿Nada me dirás al irme y al dejar estos lugares, donde yo te conocí, y donde supe, en verdad, lo que llamó Dios amor, y por qué creó dos seres, al lado de Adán, su hermana, su compañera y su auxilio? Dí: sabiendo que marcho hoy, ¿nada me dirás?

*Señorita.* Nada, Angel. ¡Adios! Sería faltar á mis deberes. ¡Adios! (*Va hacia la puerta de su casa, á izquierda y primer término de la escena.*)

## ESCENA III

*Angel.* (*Se queda mirándola entrar en su casa, y aguarda largo rato, cual si viese su rastro..... Luego se va por el foro al oir que suena la trompeta de caballería.*)

*Cabo.* Tocan pienso. Ala, ¡muchachos, y mi Pubilla, hasta empués!

## ESCENA IV

DICHOS, Y TOMASA (*que sale de casa con cesto al brazo*)

*Pubilla.* ¡Hola, señora Tomasa! ¿No pasea la señorita, siendo hoy la fiesta mayor?

*Tomasa.* Concluye de bordar aquel asiento que le compró S. E. la condesa.

*Pubilla.* Compra mucho esa señora.....

*Tomasa.* Toma, á eso viene aquí, á comprar; sólo á comprar estas cosas, que no se hacen por Madrid, porque los días son muy cortos.

*Pubilla.* ¿Más cortos que aquí?

*Tomasa.* ¡Ay muchacha! Tú no puedes figurarte qué poco dura allí el día. Cuando yo estuve criando á mi señorita, no viví yo en los seis meses que estuve sino unas horas escasas. El señor duque me llevaba y zaran-

deaba, con la niñita á mis espaldas en cesto, ó en un carruaje muy grande, ó al lado de una jaquita en que también la amarraban, y ahora para acá y luego para allá. En fin, que el día aquél no tenía horas, ni para comer, ni dormir, cuanto más para trabajar.

*Pubilla.* ¿Y por eso dejó Vd. aquella casa?

*Tomasa.* Esa es una historia muy larga, y negra, y muy triste, y por fea muy reservada. No quieras tú saberla ni quiero yo repetirla, que mi marido el sargento me dice que la olvidemos, y que, puestos á hacer bien, sólo estemos á querer á la señorita y á hacerla feliz, si alcanza, en la miseria en que vive y ganando con su trabajo los bocados de su boca.

*Pubilla.* ¡Pobre señorita, cómo debe á Vd. quererla! porque ella ni paseos, ni fiestas, ni bailes, ni nada, y sólo á misa y solita; tan seria, sin que sea orgullo ni que sea gazmoñería.

*Tomasa.* ¡Ella orgullo! ¡Ella gazmoña! Hasta los ocho años, desde que me la encomendó su padre, cansado de criatura á seis meses de nacer, fué esta casa lo único que vió de grandezas. ¡Lástima se la llevasen con las monjas, porque allí..... colegio y modas, es claro; dejó de usar alpargatas, que fué su primer zapato, y ahora, al ser abandonada del todo, la tengo desde antes de ser mujer, y las paredes bien limpias son los adornos de casa.

*Pubilla.* ¡Y no es muy rico D. Angel para sacarla de apuros!.....

*Tomasa.* Vamos, nena, no hables de eso; que eso no ha de ser, ni es, ni nadie tiene derecho á decir lo que no sabe. El padre, el cojo, no quiere, y desde que llegó aquí siempre se ha opuesto al notar se hablaban los chicos.

*Pubilla.* Yo creí que habían venido tras de ella.

*Tomasa.* ¡Cá! ¡No hay nada de eso!

*Pubilla.* ¿Pues á qué vinieron?

*Tomasa.* Según me ha dicho Blas, el criado, antiguo asistente del padre, no podían vivir con tantos hijos en Madrid, y resolvió trasladarse, cuando faltó su señora, que hacía cien de una peseta.

*Pubilla.* Sí; pero sé que ellos se quieren, y. ...

*Tomasa.* Que no, le he dicho: y además, ahora se va ese don Angel á Madrid, y ya se acabó, á Dios gracias.

*Pubilla.* ¿Cómo, se va? (*mañosa*). ¿Y por qué? Y ¿cómo que se acabó? ¡Pues tendría gracia! ¿Y Vd. se alegra, Tomasa?

*Tomasa.* ¡Toma, me alegro!—Yo sé bien por qué me alegro.—Ahora no despreciará al D. Quim, ni sus viñas, ni el regadío, ni sus huertas.

*Pubilla.* Eso es.—¿D. Quim, que á mi padre va á pedirme, será de esa señorita, siendo el más rico del pueblo, porque el lindo de D. Angel se va á la corte y la deje? Ya lo veremos: ¡caramba! ¿Y por qué se va? Veamos.—Yo he de hacer para impedirlo, y yo haré que el señor cura hable al padre de los peligros que corre un jovencito en Madrid, y.....

*Tomasa.* Sí, al padre.—Anda, y ni que le hablara el mismo señor Obispo.—Está él más hueco, que parece haber sacado la gorda.—Y, en verdad, que la han sacado.

*Pubilla.* ¿Cómo la gorda? ¿Qué es ello?

*Tomasa.* ¡Bueno! ¿No sabes nada, de veras? Pues, y es poco: ves, pregúntalo en casa del boticario, y la señora Cristina, que juraba que D. Angel era un santo y un bendito, te dirá que el chico es más listo que Lepe, y que ni la pedrada en ojos de su marido haría mejor al caso que huir él de mi señorita, dándole en premio la suerte, viajes y vestidos, y hasta regalos encima.

*Pubilla.* ¡Usted se burla, Tomasa! Sáqueme de esta impaciencia, porque quiero saber si es que se marcha ó se queda. A todo el mundo le gusta la señorita de usted, y aún D. Quim no me ha llevado á la parroquia, y tan sólo se ha insinuado.

*Tomasa.* Sí: cuando olió la calabaza que la señorita preparaba.

*Pubilla.* Diga, diga, ¿por qué se va y cuándo es eso?

*Tomasa.* Nada, chica; que en el diario leyó el anuncio don Angel, de una manda, ó cosa rara, que ha hecho en Madrid una princesa, pagando un gordo salario y uniformes y regalos, y yo no sé cuántas cosas, al mozo que se haga voluntario para servir en el regimiento en que ha muerto un hijo suyo, oficial.

*Pubilla.* Y D. Angel..... (*recelosa.*)

*Tomasa.* ¿Qué? Que por telégrafo ha dicho que sí al momento; la princesa ya le ha escrito; le ha enviado el sable y los correajes, y en el tren de esta tarde se marcha, ya vestido con el traje que, si pasas por la plaza, tiene el sastre D. Bartolo.

*Pubilla.* *(Ap.)* Yo he de hacer que no se vaya. Adios, Tomasa. *(Se dirige activamente al foro.)*

*Tomasa.* Adios, chica. *(Se va también por otro lado del foro.)*

## ESCENA V

CAPITÁN D. TELLO TÉLLEZ, TENIENTE D. RAFAEL PÉREZ Y BARÓN. *(Vestidos de uniforme de caballería los dos primeros)*

*(Ya habían aparecido antes y encendían sus cigarros frente algún puesto de bebidas que habrá, y en el que sólo compran fósforos)*

*Barón.* ¿Quién ya de Madrid se acuerda? ¡Si aquí hay más juerga que allá!

*Pérez.* Hoy otro baile tenemos. La condesa insta mucho á que vayamos.

*Barón.* ¿Irá la duquesa?

*Pérez.* No he podido conseguir me anote un vals en su carné; ¿y á tí, Téllez? ¿No la hallas cariacontecida y un si es no es pesarosa?

*Téllez.* Sí; por eso no lo pedí, que tú sabes amo el baile; pero, ¿y tú que no bailabas, qué vena te ha dado?

*Pérez.* Es lo mismo que el «*de Pérez:*» Por comprender ejemplar, cual la duquesa, bailo, y me entrometo, y canto, y.....

*Barón.* Como yo, que hasta rebuzno, hace tres años corriendo tras ella en pos.

*Pérez.* Pues va Vd. igual que ciento, y por ahí, el general puede dormirse tranquilo.

*Téllez.* No sé que nadie la asedie, no creyendo pueda hacer caso al querubín de Angelito, si bien yo.....

*Barón.* En su obsequio y despedida fué ese baile que exigió..... la adición al apellido.

*Téllez.* Bien fué D. Quim sin tener otras DÉS ni más virtudes que el *dé* que precede al Banco de sus billetes grabados.

*Barón.* Tiene el tilín, que vale y que pesa, aunque dél nada dé al prójimo.

*Téllez.* ¿No será por no sonarlo? Siempre habla de sus dineradas.

*Pérez.* Es verdad, y podría plagiarse á Quevedo con—Vuestro Don, Sr. D. Quim,—Ha de daros altivez—A causa de su tilín;—Porque no hablais una vez—Sin hacer sonar el din.—Ese que llaman gran mundo adora los cascabeles; y el que le habla de dinero va sonando un collarón que abre el paso entre las gentes. Ningún collar más barato que el que se cuelga de alardes. Mas, no vale ser mordaz, que vamos á ir á los entoldados y á todos los bailes públicos.

*Barón.* Y eso es bien claro; la señora condesa ofreció ayer que iría, al convidarla pomposa la comisión del Casino de Señores.

*Téllez.* Lo mismo dijo después á la de los menestrales.

*Pérez.* Eso está perfectamente; obra es esa de patriarca teniendo aquí propiedad. El comercio le va á erigir cien estátuas.

*Téllez.* ¡Y tú (*á Pérez*), que hiciste el quinto traslado de cuerpo, según dice tu mujer, para trabajar de firme y dar cima á ese drama que soñaste!

*Pérez.* No me motejes por mis cambios de uniforme. No me afecta eso al bolsillo, y amo esta variedad. En cambio, como tú, Téllez, y como otros de los nuestros, gusto siempre de otra clase de trabajos, ya que gozamos de paz. Pero de mi pobre drama, no sé qué será de él, porque el trabajo no cunde ni aun ausente de Madrid.

*Téllez.* Claro es, que sin darse al yunque no ayuda ni el mismo desierto; nada es para hacerlo *(tono bromista)* la paz vergonzosa de que hace tiempo gozamos.

*Barón.* Bien, pero Vd., en cuatro plumadas..... Un drama es cosa muy fácil. Mi amigo Paco Paleto, que ejerce de crítico, sin probar otra aptitud que de aspirante á político, dice que es lo más fácil hacerlos.

*Pérez.* Para mí es dificilísimo. Sé lo poco que yo puedo, pero además ese realismo moderno me causa un horrible pánico.

*Barón.* Haría Vd. bien en dejarlo, si no acepta Vd. ese

realismo, del que estamos locos todos los hombres de gusto.

*Pérez.* Amante como el que más, no es mi realismo el del público. Yo quiero en la escena representación vivísima de realidades constantes. Yo no quiero enormidades que forman las excepciones, ni busco esperpentos, ni las cosas estrambóticas, ni efectos de relumbrón; quiero elementos lógicos, efectismo irreprochable; detesto un teatro que me excluya á las damas y me aleje las familias; deseo atmósferas que así respire el impúber como el duro marinero, y realismos que todo el mundo los palpe, vea y conozca como á antiguos conocidos.

*Barón.* Vamos, rutina.

(*Con sorna.*) Aquí el ruiseñor trinaba,
manso arroyo allí corría,
y el jilguerillo saltaba
mientras Febo se ponía,
ó la luna se ocultaba.

Lo de ayer y lo de siempre: que se miraron, se vieron, se quisieron y casaron.

*Pérez.* No, Barón. Por atemperarme á la cuerda de Vd., le diría, como dicen otros, cuya opinión no comparto: Ni música, todo música con Bethoven; ni poesía, todo poesía, y poesía pura con Shakespeare. El poeta tiene vocablos que llevan dentro un mundo de filosofía.

*Barón.* Entendí buscase Vd. tan sólo cantos como el de Lindoro ó el ária de la *Sonámbula.*

*Pérez.* O déme Vd. concertantes con el fuego y color del magno del Parsifal, que en éste y en lo que cabe la comparación de géneros tan distintos, hallo trasuntos del drama que sueño y jamás yo compondré.

*Barón.* Aquí viene la duquesa y también su mujer de Vd.

*Téllez.* Pérez, á ellas..... y que digan su opinión sobre estos gustos, en que han de andar divididos los de los espectadores.

## ESCENA VI

DICHOS, DUQUESA, MARQUÉS DE AMÉZCUA Y ROSA, ESPOSA DE RAFAEL

(*La duquesa todo el acto ha de mostrar abatimiento, displicencia y desanimación*)

*Barón.* Duquesa, es fuerza que Vd. me ayude, porque en Rosita claro es que tendré contrario.

*Duq.* *(Hablando nerviosa.)* ¿Qué es lo que exige que se nos dé á nosotras baza? Y por Vds., los sabios del universo, los hombres, que todo lo ven tan claro.

*Pérez.* No, duquesa, no es así, y mi Rosa dirá á Vd. cuánto oígo yo á la mujer cuando ésta quiere pensar.

*Barón.* ¿Y la intuición?....

*Pérez.* Yo le doy poca importancia.....

*Duq.* *(Con enfado.)* ¿Ya empieza Vd. á mermarnos cualidades?.....

*Pérez.* No, duquesa. Todas, completas, se las doy yo á ese sexo en que Dios puso su esmero después de crear á Adán, pero..... Él no dijo que éste únicamente pensara; dió á ambos el pensamiento.

*Barón.* Sí, y á la mujer la intuición.

*Pérez.* Como á nosotros, igual; ¿qué otras perfecciones extremó el Hacedor en su obra más bella? Y, si cual se da la mujer á vehemencias ó á caprichos, obrase reflexiva, sintiendo, y madurase sus actos y su criterio y sus juícios, saldría de la pequeñez á que va conducida por el asedio del hombre y el adulador halago con que se la persigue y la acosa, desvirtuándola, en esta sociedad que se mueve á sus impulsos y estímulos.

*Duq.* *(Tono de amarga queja.)* ¿Y por qué lo hacen Vds.?

*Téllez.* (*Interrumpiendo.*) Señora, porque somos frígilis, y es muy sabroso el recibir la mirada dulce de la mujer satisfecha.....

*Pérez.* (*Interrumpiendo.*) Aun sabiendo que la engañan.

*Rosita.* Rafael, que te deslizas..... *(Tono y gesto galante.)*

*Pérez.* Ejemplo de la mujer cuando piensa, para que midan su acierto y digan los críticos si hay ante ella otras

alturas. (*Con calor.*) Y éstas no son excepciones como viéndolas reinar ó como Juana de Arch frente las huestes guerreras..... (*Acentuando el tono.*) Esta es regla general. (*Pausa.*) Al lado del hijo enfermo ó del esposo querido, ó Hermana de la Caridad junto al lecho del dolor ó curando algún herido en el campo de batalla. Yo sé que á veces, faltando médico, en ellas sirvieron de modelo y fueron tipo de estudio las ligaduras y el apósito ideado por mujer tan poco instruída como es una cantinera.

*Barón.* Allí obraba el corazón.....

*Pérez.* Allí el juício y el sentimiento de acuerdo marchaban, porque la mujer pensó. Y cuando se sitúa la mujer en ese puesto á que nos llama la condición racional, es entonces invencible, y hay que adorarla de hinojos como obra mejor de Dios. (*Reverente tono.*)

*Rosita.* Rafael.....

*Barón.* Ahora habla también excátedra. (*Mordaz.*)

*Pérez.* ¡Ay, barón, le quisiera á Vd. en una!

*Téllez.* Como Vd. en el baile de la condesa dirigiendo el cotillón.

*Barón.* Ahí, disputo la autoridad.

*Marq.* Ya es algo. Mi amigo Stanley y yo sostenemos que lo bajo y despreciable es no servir para nada.

*Pérez.* Esa es mi tesis cuando hablo de lo bueno y lo elevado y sensato, fin de la humanidad, á diferencia del bruto.

*Duq.* (*Siempre displicente.*) ¿Y para discutir sobre ésto es que llamaron Vds.?

*Barón.* No, señora. Discutíamos sobre el drama de atmósferas suaves, que le place á este poeta guerrero, ó el candente en sus efectos, y el que tenga aperitivos, que amo yo con ser pacífico, porque es gusto general lo acre y picante y lo de olores bien fuertes.

*Pérez.* Prefiero el aroma á todo olor nauseabundo. Yo, duquesa, declaro que en el drama lírico, esa musa décima, supremo esfuerzo de las bellas artes reunidas, admito otras amplitudes de efecto que en pura escena dramática, que debe ir dirigida á levantar las ideas por tono y gusto selectos. Mas en toda repre-

sentación quiero domine lo honesto y que enseñanzas reporte. ¿A qué acción espeluznante y esas fealdades humanas? ¿A qué la presentación de aterradores fantasmas? ¿A qué esa constante entelequia ó aspiración sin objeto, juguete de dinamita, que no es ni el torpedo táctico, aunque siempre dinamítico? ¿A qué esa magia vocal que obra para los dos sexos lo mismo que la sirena? ¿A qué el socialismo místico, mezcla nefanda de lo divino y profano?

*Barón.* Yo imprimo vigor con lo viril de los tipos, y ese mal que represento es para que se aprenda á huirle y corregir con su ejemplo.

*Pérez.* Logrará Vd. confamiliarizar, que no corregir, Barón. Las masas siempre serán infantiles ó inconscientes, y corren, que no andan, camino por do las llevan. El relato para el niño despierta su travesura y al loco su estado de alienamiento. Busquemos los bríos en el sentimiento, la fuerza en vencerse á sí mismo, y el carácter en la victoria contra lo ruín y lo innoble, por disfrazado que venga.

*Marq.* En otro orden de ideas oigo á estadistas de talla y grandes jurisconsultos, lo exímio entre liberales, que el tribunal por jurados, con tener algo de bueno, resulta en su ejecución escuela de malhechores.

*Barón.* No me convenzo. El mío es gusto moderno.

*Pérez.* Los doctores en gusto, cuando menos, verán en mí buena fe. Yo no acepto que soberbia sea energía. Entre el héroe y el osado mediará siempre un abismo. Como entre dignidad y orgullo, y entre humildad y bajeza, divididos por un hilo, esos campos fronterizos. Seamos francos, y ante el romanticismo del vicio no haya rubor para aspiración legítima. ¿Por qué ha de pasarse lo escéptico y la superstición aguantarse, y no ha de ser cobardía la de los que piensan bien y usan ropaje y vestiduras de fanáticos del mal?

*Téllez.* Decidan Vds., señoras. A las urnas. A votar, y que se proclame el fallo entre un gourmand y un gourmet.

*Rosita.* Mi opinión supongo que se adivina.

*Marq.* Vamos, sobrina, dí algo.

*Duq.* (*Rompiendo el silencio con pereza.*) En mi humilde

concepto, nuestro veredicto, como ahora decimos desde el que oyó Ravachol, se dictará, Barón, contra Vd., aunque hable Vd. por las masas, que al fin y á la postre son el jurado que falla y que manda.

*Pérez.* (*Con desconfianza.*) Las masas.... ¡Si se las dirigiera sin otro fin que su bien, cuán diferentes serían!.... ¡Qué distintos sentimientos escucharlas me produce! Lástima con Mirasol y Velarde, como al no exponer razón, único imperio de fuerza para abatir las protestas..... Y ante estos héroes envidiables les descubriréis sonrojo tras un ímpetu inhumano, y hasta en el acto inconsciente, aunque feroces, habreis de verlas menguadas y deslucidas, mientras otros tras cortina ocultan su fechuría. En cambio soy loco de ellas cuando suena el somatén ó se toca calacuerda. Me enardecen y me embriagan, y nadie á aplaudirlas me excede ni (*gran colorido de febril pasión*) entusiamos aventaja al que se agita en mi pecho al recordar Zaragoza y Bailén, y Madrid, ó ya á Gerona, llevando al frente á su Alvarez, del que soy indigno émulo. Jamás pensé en engañarlas: les soy fiel como al hijo predilecto; amante como al núcleo de mi patria.

*Barón.* Me pasma la independencia de este hombre.

*Pérez.* (*Humilde.*) ¡Yo independiente! ¡Si soy esclavo sumiso de toda idea que es buena! Ya ve Vd., talludo y rico, quise entrar en la milicia, y el último grado de su escalafón jerárquico es el que tiene más jefes. Verdad que en nuestra carrera siempre son correlativos, y se hallan bien definidos los deberes y los derechos.

*Téllez.* (*Con fe.*) Pero á todo esto las señoras, como siempre, fallaron por impresión.

*Duq.* (*Hablando con gran reposo.*) En nuestra tierra, con no ser torpe la gente, no se pasa sin discursos. Aficionada á pintura, diré á Vd. que amo á Rembrant y otros mil que armonizan fondo y forma; que las composiciones más bellas no son las de color subido ni las de mucho color. Yo amaré siempre los cuadros si hallo en su asunto conversación con el alma, y plácida los contemplo si mi vista no se daña ó no hallo un pincel que mienta con adulador propósito.

*Pérez.* La duquesa, como dama, se expresa en notas tan tenues que no llegan á todo oído.

*Barón.* Eso no vale, duquesa; hable Vd. bien claro.

*Duq.* (*Con viveza y mostrando deseos de acabar.*) ¿Más claro? Muy española, deploro que mis pintores rindan tan débil culto al dibujo, que es el fondo de los cuadros.

*Pérez.* Digo lo que Vd. de esa otra clase de cuadros, fusión de los varios modos de llegar al arte ideal y estéticamente único, del que es centro vivo el teatro. Se descuída mucho el fondo y así entre otras desatenciones se echa de menos que flote en obras del teatro nuestra personalidad genuínamente española; que con ella y el carácter que en la misma se revela ha de aspirarse á que triunfe el espíritu de la nacionalidad.

*Barón.* Esas son otras cuestiones, y al teatro voy á pasar ameno el tiempo.

*Pérez.* Justo es que vayamos todos, y no prive el despotismo de que sea para Vd. sólo.

## ESCENA VII

DICHOS, que estaban en la parte derecha del proscenio (*izquierda del espectador*), siguen hablando bajo y pueden retrasarse al fondo, en tanto aparecen CORONEL INVÁLIDO (el coronel viste uniforme del cuerpo con tricornio que le hace más estético y lleva una cruz laureada en el pecho), BOTICARIO y MÉDICO, que paseando lentamente, hacen la primera parte de su diálogo á mano izquierda (*derecha del espectador frente casa de Tomasa*).

*Médico.* Le digo á Vd. que vamos mal, coronel, y no le veo el remedio.

*Coronel.* Pues yo sí, Sr. D. Pedro; y ya lo he dicho á don Zóilo, que es coleccionador de hierbas para su farmacopea.

*Botic.* Hombre, no diga Vd.; que por militar que Vd. sea y ajeno á hablar del Gobierno, éste pudiera hacer cuanto quepa para que la Bolsa suba.

*Coronel.* Ya se ve; y para que llueva lo preciso y la cosecha se salve y tengamos enfermos que den á D. Zóilo recetas y visitas á D. Pedro.

*Botic.* Ya; Vd. se burla porque no tiene papel.

*Coronel.* Desgraciadamente manejé más que Vd., papeles; que para enseñar á escribir á tantísimo chiquillo yo lo he gastado por libras. Papel, papel, ¿pues si usted no cobra su renta, podría yo cobrar mi sueldo?

*Botic.* Sí, pero un sueldo es más seguro.

*Coronel.* Basta que Vd. así lo diga. Con tantos años de servicios como cargan mis espaldas no cobré nunca uno entero. Vamos, no hablemos de eso, que me saca V. de quicio.

*Botic.* Y que conste que V. no nos da el remedio.

## ESCENA VIII

DICHOS, continuando su lento paseo, atraviesan la escena, en cuyo fondo medio están ahora los del otro grupo, á los que luego saluda el CORONEL, y TOMASA, con su cesto al brazo, á la que se acerca el BOTICARIO D. ZÓILO antes de que penetre en su casa.

*Botic. (Aire misterioso.)* Mi previsora Cristina suponía que no me quedaba sin ver á Vd. como viniese á la Rambla, y me dió receta entera para conseguir de Vd. consienta que nuestro D. Quim galantee á la señorita ahora que D. Angel la planta.

*Tomasa.* Yo estoy conforme, D. Zóilo, en que siempre alejaron mis males las cataplasmas de Vd., mas dirá usted á doña Cristina que aunque mi señorita ha sido siempre obediente, su silencio y su reserva es de esas que cierran de golpe entradas de curandero.

*Botic.* Convénzala Vd. que D. Quim la dotaría muy gordo, y entonces Vd. y nosotros íbamos á amasar envidias rebosando el almirez y relamiendo la espátula.

*Tomasa.* Ya se ve; y la suerte se cambiaba renaciendo posición para esa huérfana pobre que yo amamanté tan rica y que adoro como hija, viendo el olvido del padre.

*Botic.* *(Tono de sabihondo.)* Mire Vd., doña Tomasa, fíese usted de nosotros y sale el medicamento. Cristina y yo larga práctica tenemos y otros más fuertes hicimos. No hay quien resista al talento de Cristina, y yo soy su complemento. Hoy por hoy, disimulemos. Adios, señora Tomasa.

*Tomasa.* Adios, señor boticario. *(El boticario se une á su grupo y saluda pasando.) (Tomasa entra en su casa.)*

*Duq.* *(Viendo el saludo que les dirige el coronel y los dichos.)* Parece mentira que sea el padre de Angel un hombre tan insociable y tan ogro y tan oscuro.

*Téllez.* Lo oscuro es del uniforme, con ser más rico en colores de aprecio que el más vistoso y más lindo de cuantos viste el ejército.

*Duq.* Todo eso lo sé, y estoy conforme en un todo, pero en nada obsta lo cortés á lo valiente. *(Tono de desagrado.)*

*Marq.* Luisita, te equivocas. Es el coronel Andrade un cumplido caballero.

*Téllez.* Y además está de luto.

*Duq.* ¡Qué luto, si hace cinco años que quedó viudo! Tenía catorce su hijo Angel, que ahora tiene diecinueve.

*Pérez.* ¡Hay lutos que son eternos!....

*Duq.* ¿Y ha de ser el hombre fosco y huraño porque se vista de luto? *(Disciplente.)*

*Marq.* Ya he dicho, Luisita, que no conoces á Andrade, y que no juzgues así. Ese es todo un caballero.

*Pérez.* ¿Le conoce Vd., marqués?

*Marq.* En la guerra se ve al desnudo á los hombres. En la división Zavala militamos en regimiento distinto, y en Sierra-Bullones juntos dimos el empuje que logró aquella jornada; luego, en uno de mis viajes, regresando de Chicago en un vapor de la Habana, surcamos juntos el charco, pero nunca logré hablarle, porque herido él y maltrecho, no salió del camarote hasta la arribada á Cádiz.

*Téllez.* Usted está siempre viajando. Sólo dos días há que vino.

*Marq.* Hace ya más de treinta años, cuando hallé la calabaza mayúscula de que les he hablado á Vds., me convertí en judío errante, y hasta bien cerca del Polo, á donde llegó planta humana, allí con Stanley llegamos.

*Barón.* ¡Qué emociones registrará su álbum de Vd.!

*Marq.* En el álbum lo que tengo son apuntes de lo grande y pintoresco que la Naturaleza me expuso tras de las tierras extrañas en pedazos de mi tierra, que nadie sabe ni busca teniéndolas á la mano.

*Barón.* ¿Y no habla Vd. de Italia? *(Con muestras de pasmo y admiración.)*

*Marq.* Para qué, si de ella todo está escrito. Nadie hay que desconozca aquel famoso *Acqua alle corde* delante de Sixto V, que es toda una disertación de dinámica al erigir el inmovible obelisco del Vaticano, dando un marinero del Tiber un conjunto de lecciones á Fontana y á los más sabios del mundo, y nadie dejó de haber visto la cúpula gigantesca, ni el hermoso Belvedere, ni el célebre panteón de Agripa, ni el juício final *di Michel piu che mortal angiol divino.*

*Pérez.* Además de la Sixtina, creo que acudió Clemente VII á ese ángel, tras los mil planes y reformas de la catedral del mundo; el afán de Constantino.

*Téllez.* Miguel Angel continuó la idea de Bramante, que eligió Julio II. ¡Qué desinterés y qué modestia y qué arranques con sus ochenta y dos años!

*Marq.* Su arranque lo pinta aquella exclamación ante la cúpula de Bruneleschi en Florencia: *¡Come te non voglio meglio di te non posso!*

*Pérez.* Su desinterés, en que trabajó de balde.

*Duq.* Y su modestia el versito ante esa catedral hermosa: *Yo faró la tua sorella piu granda giá ma non piu bella.*

*Barón.* ¿Ve Vd., marqués, cómo tiene Vd. apuntes?

*Marq.* Todas son citas de Vds. que conocen lo extranjero. Mis apuntes son de Avila y de nuestras montañas queridas, desde Creus á Finisterre, y desde Palos á Gata, y de las Islas Baleares y del Montserrat y del gran pico de Teide, etc., etc., etc.
*(Siguen hablando en voz baja los de este grupo. En la escena debe haber siempre uno ó más chiquets de Valls con sus banderolas y sosteniendo algo de ruído por entre los vendedores con el campanilleo de sus polainas cuajadas de cascabeles.)*

*Botic.* (*Alto.*) Vamos, que eso es un parche y no más; dispense Vd., coronel.

*Coronel.* Pues, D. Zóilo, le diré á Vd. lo de siempre; para los casos extremos, el país y nada más es el que salva; y no hay que pedir al gobernante lo que sólo está en la mano del pueblo, de la nación por entero.

*Botic.* Eso es un mito.....

*Coronel.* No será como tantos otros mitos, mucho, mucho menos prácticos, que Vds. leen en la prensa, y por decírselo en letras claras callan y los admiten y aplauden.

*Médico.* No hable Vd. mal de la prensa, que sin ella no veían Vd. y su hijo la fundación verdaderamente regia de esa señora dama de S. M.

*Coronel.* Tiene Vd. razón, D. Pedro; que inmensas ventajas debemos á ese gran medio difundidor de la idea buena y fecunda, y que el noticierismo destroza. Sobre sus propios defectos, labrará él mismo su reforma; pero hoy por hoy he de leer cuanto me diese algún rastro de mi hijo en ese Madrid tan grande y que tanto temo.

*Botic.* Aunque es peligroso el mar, lleva el chico mucho lastre: está en tercer año de leyes, y ahora pronto acabará carrera, pues supongo no la deje.

*Coronel.* Menudo es el plan con que el rapaz se ilusiona: quiere trabajar de firme, aunque se enardece viéndose en el uniforme que hizo marqueses á sus remotos abuelos. Angel quisiera ver en cada español un soldado voluntario.

*Médico.* Ahí verá Vd. lo que es la Providencia.

## ESCENA IX

DICHOS, Y PUBILLA

*Pubilla.* Señor coronel, quisiera pedir á Vd. una gracia, si es que me da su licencia.

*Coronel.* Díla, muchacha, que si es gracia, no las tengo, y ha de ser tuya la gracia.

*Pubilla.* Ha salido para Madrid un primo que tengo en un pueblo cercano, y como Vd. tiene allá amigos, y en el ejército, con recomendación se librará de hacer guardias y centinelas el noy; me las podía dar si quisiera hacernos esa bondad.

*Coronel.* Va á Madrid mi hijo y él podrá presentar á tu primo, si es buen chico (que yo lo averiguaré) al médico D. Serapio, que fué de mi regimiento, y á cuantos amigos pido yo ahora que le den á mi An-

gel los puestos de más servicio y lugares de peligro, si por desgracia los hay. Si tú quieres, diré que lo traten como hermano de mi hijo Angel.

*Pubilla.* ¿Se va D. Angel también?.....

*Coronel.* Sí, muchacha, se va al ejército hoy.

*Botic.* Y á húsares de Pavía. (*Mostrando contento.*)

*Pubilla.* Como mi primo, que marchó para allá porque el diario anunciaba dar una gran fortuna al que hiciese cuanto el diario decía.

*Coronel.* ¿Qué dice aquí esta muchacha?

*Botic.* ¿Qué dices, Pubilla?

*Pubilla.* Digo que mi primo, cuando leyó el anuncio, cogió el bastón y su lío, y echó á andar y saldrá de Barcelona en el correo de mañana si halla quien le dé para el tren, y si no marchará á pié.

*Botic.* Pues llega tarde tu primo. (*Con mofa.*)

*Médico.* Ya lo creo, á misas dichas.

*Pubilla.* ¡Cómo! ¿Aquí viene D. Angel?

## ESCENA X

DICHOS, Y ANGEL (*vestido de uniforme flamante*)

*Angel.* A la orden, mi coronel: ya es pronto la hora de marcha y mi primera revista ha de pasarla mi padre.

*Coronel.* ¡Ay hijo mío de mi alma! (*Desconsuelo general.*)

*Angel.* ¿Qué es esto? ¿Qué pasa, padre?

*Coronel.* Valor, mi Angel. Todo eso fué puro castillo de naipes, ¡el cuento de la lechera!

*Angel.* ¿Qué pasa?.....

*Botic.* Nada: esto se arregla y se aclara aquí en un instante. Su padre está emocionado, y éstas no son, como en la guerra, las cosas, que el valor sólo las encauza.

*Coronel.* ¡Qué arreglo, Dios mío, qué arreglo!

*Angel.* Pero, padre, díganme á mí qué sucede.

*Botic.* Veamos. Usted telegrafió á Madrid en cuanto leyó el anuncio, ¿verdad? (*Con espíritu protector.*)

*Angel.* Sí, señor; acabe..... le ruego.

*Botic.* Y recibió Vd. respuesta, escrita en carta certificada, con letra, que pagó D. Cosme, el traficante en ganados; y luego, de encargo, vino en el mismo correo ese sable, forrajera, etc., etc., etc.

*Angel.* Sí; lo que llevo sobre este uniforme, pagado con dinero de la letra.

*Botic.* (*Enfasis.*) Pues chica, díle á tu primo que vuelva, y que, cuidando la tierra, siga á donde Dios le llame, ya que esta vez, por error, creyó que para él era la breva á que el anuncio convidaba.

*Angel.* (*Resuelto.*) ¡Ah..... no!..... Si ese chico leyó el anuncio cual yo, y su determinación fué tomada antes que la mía. ¡Esto no me pertenece! (*Hace actos de querer quitárselo.*)

*Médico.* Angel, calma; y ante todo, eso es de Vd., y bien de usted, porque Vd. lo recibió directo de manos de la donadora, y la prioridad es de Vd. legalmente.

*Angel.* Esa es la ley escrita, pero no es esa mi ley.

*Coronel.* Bien, mi Angel, ni de tu padre tampoco.

*Angel.* Nada, que ya está resuelto; hombre soy de obras como mi padre me quiere, y las palabras me huelgan. Díle á tu primo, Pubilla, que desde Barcelona haremos juntos el viaje, y del dinero, que ya es suyo, pagaré yo los dos trenes. En Madrid la benefactora dará permiso para transmitir su sable y lo que ahora no entrego por lo que dicen D. Zóilo y D. Pedro. Seremos dos voluntarios; mejor. Padre, no tema Vd.; trabajando un poco más saldrán los medios que falten. Dios me ayudará á hacer cuanto me propongo.

*Coronel.* Trabajar. ¡Ay! hijo mio; muchas veces el trabajo no se halla.

*Angel.* Siempre, cuando hay resolución de buscarlo, y cuando nos llena la idea de que el trabajo es lo honroso y no las formas que ostenta. Quien no las respeta se ofende á sí mismo y se granjea desprecios. Vd. me dijo mil veces que la vida sin sus luchas no da paso á las victorias.

*Médico.* Y empieza Angel sus conquistas con victorias sobre sí. Su triunfo es resuelto, sobreponiendo su espíritu á que hay labores brillantes y muy opacas faenas.

*Angel.* Para ganar esa cruz que lleva mi padre en el pecho, lo primero es desearla. Todo está, como él me dice, en no contar los contrarios. Y soldado de la patria y soldado de la cruz, aspirar al galardón. (*Dirigiéndo-*

*se al padre con mimo y animándole.*) Padre, de Vd. es la frase: En las lides del trabajo no se lucen uniformes; las costuras van por fuera y la gala va hacia adentro. (*El padre le besa la frente.*)

## ESCENA XI

(*Duquesa y los otros se han ido acercando*)

*Téllez.* Mi coronel, el hijo acredita al padre en lo arrogante y marcial.

*Angel.* Mi capitán, soy de Vd., como del teniente D. Rafael Pérez, un nuevo subordinado.

*Téllez.* Nos veremos por Madrid, que esta vez me arrastra Pérez allá.

*Angel.* Adios, duquesa. Les deseo á Vd. y á la señora condesa un buen fin de temporada.

*Duq.* Gracias, Angel; y yo, en cambio, deseo que volvamos á Madrid todos pronto. (*Afectando tranquilidad.*)

*Angel.* Adios, D. Zóilo, D. Pedro.

*Duq.* (*Ap.*) Me quiere, y se va por mí. Es evidente su intento para mí sola.

*Marq.* Esto es lo que se llama un hombre de cuerpo entero.

*Duq.* ¿Verdad, tío, que es muy bonita esa fe y voluntad tan resuelta? (*Aparte.*) ¿Quién sustraerse á esas pruebas? Sus respetos á mi fama y su disimulo en todo revelan su amor profundo y su pasión verdadera. Quien da escándalos no ama y acusa afán de trofeos y aspira sólo á ufanarse con satisfacciones vanas.

*Marq.* Bien, Angel, muy bien. De pura raza, sobrina; español de pura raza. (*Ruído del collerón de los caballos de un coche; la calle se llena.*)

*Cochero.* Para el tren, señores; ¿quién quiere el ómnibus de la estación?

*Coronel.* Hijo de mi alma, me das valor con tus ánimos para seguir esa senda, que es la senda del honor, y antes balazo te mate que salir de ella por nada ni predicación de nadie; que quien quisiera probarte razones para excepción, intenta engañar tu fe y va sólo á tu baldón.

*Pérez.* Mi coronel, cuente Vd. tiene en su hijo semilla que

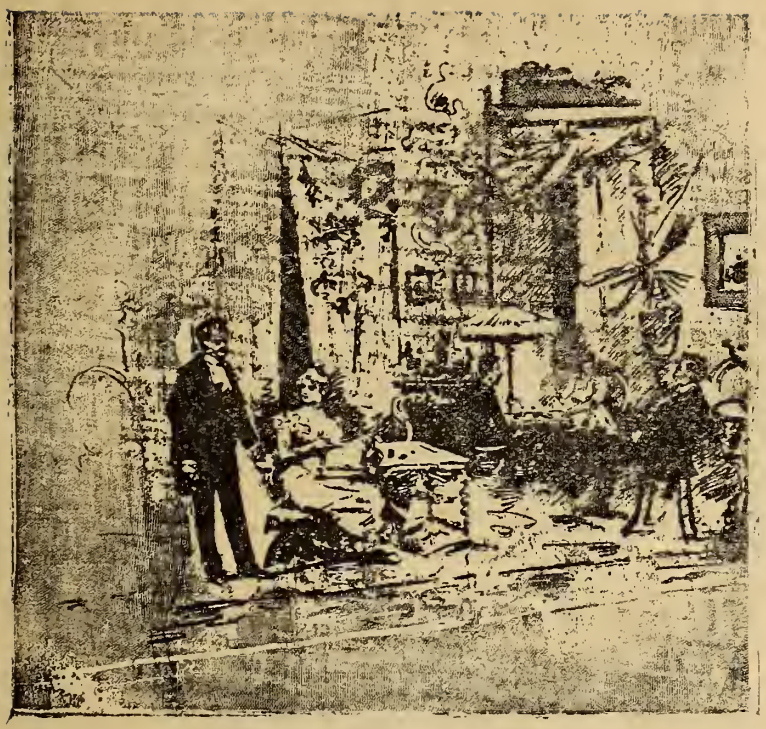
siempre tuvo el ejército y bien ostenta ese pecho la tradición de sus glorias y los emblemas del honor.

*Angel.* (*Va á besar la cruz laureada que lleva en el uniforme el coronel.*) Padre, adios.

*Téllez.* (*Ap.*) ¡Qué pillín!..... á mí no me engañas..... Este marcha de vanguardia y quiere estar en Madrid para fin del veraneo, recibiendo á esta colonia al regreso de excursiones.

## CUADRO FINAL

Aparecen otra vez chiquets de Valls en su castillo, uno arriba con la bandera que grita: ¡Vivan los chiquets! Y otros: ¡Viva España!



# ACTO SEGUNDO

La escena pasa en Madrid y en el palacio de la condesa del Manzano.—Salón de familia lujosamente arreglado. Hay dos puertas de frente que comunican con otros salones y dependencias. Una á la derecha con la habitación de la duquesa. En una consola hay recado de escribir.—Las campanadas que se oyen durante el acto advierten en el palacio la entrada de alguien por las verjas del jardín. Una para entradas comunes. Dos para visitas ó señores de la casa.

Al levantarse el telón aparecen en una mesa á la derecha, jugando al ajedrez, D. SERAPIO y CONDESA, y el MARQUÉS al lado contemplándolos. A la izquierda, la DUQUESA hace un juboncito de lana y está D. TELLO TÉLLEZ en pie cerca.

## ESCENA PRIMERA

*Téllez.* (*Dando el ovillo de la lana á la duquesa.*) No olvidaré su encarguito. Adios, duquesa.

*Condesa.* ¿Supongo que volverá Vd. al salir del Real?

*Téllez.* Sí, señora; volveré.

*Duq.* (*Impaciente.*) (¡Quinta vez que se despide!)

*Téllez.* Me voy huyendo de estas crueldades.

*Condesa.* Hace Vd. bien, cuando la mujer es de otro, poner tierra de por medio. Pero Vd. quiso, de todos modos, Madrid.

*Marq.* (*Atento al juego de la condesa.*) Lo que es jugando y hablando es imposible acertar. Dispense Vd., D. Serapio. (*Figura rectificar una jugada de la condesa.*)

*Serapio.* Tiene Vd. derecho, marqués; aprendí á jugar con las damas.

*Condesa.* ¡Verán Vds. qué golpe! (*A Téllez.*) ¿Va Vd. directo al Real?

*Téllez.* No, señora, iré más tarde.

*Duq.* Le he dado yo una embajada para la ídem inglesa.

*Condesa.* Si es asunto diplomático, sería inútil preguntar.

*Téllez.* Hasta después.

*Duq.* Adios, Téllez.

*Condesa.* Sans, adieu.

## ESCENA II

### DICHOS, MENOS TÉLLEZ

*Condesa.* Jaque mate, D. Serapio (*con alegría*).

*Serapio.* Como siempre; ellas venciendo.

*Condesa.* ¡Bien me ha costado, carambal

*Duq.* Tres meses hace que dura.

*Condesa.* ¿Cómo tres? más, mucho más.

*Serapio.* El día de la victoria pueden recordarse las fechas aciagas, y lo es para la condesa el día del discurso de Angel.

*Condesa.* ¿Por qué? Al contrario, si gocé oyendo á ese chico, como si fuera mi hijo, por más que haya quien sostenga que el sentimiento materno lo ignoramos hasta ser madres.

*Serapio.* No decía eso, condesa; el día de ese discurso no estaba Vd. para bromas, porque la encerré en el juego. Sólo el discurso de Angel, de tema tan inocente, pudo hacerla á Vd. salir para ir al Ateneo.

*Duq.* (*Desde su sillón, y al otro lado de la escena.*) Pues dijo allí todo el mundo que estuvo sublime Angel; que estuvo grandilocuente.

*Serapio.* En efecto, sí, señora; le dió horizonte á una cuestión pueril. Y sabe Vd. que yo no he de hablar por ser parte interesada; que Angel es mi pupilo, y mi

antiguo capitán, su padre, sabe que yo soy su único mentor y su médico.

*Marq.* *(Desde su asiento.)* ¿Qué cuestión era?

*Serapio.* Teoría de presentaciones y trato social; nada. Y de tema tan sencillo, y al parecer baladí, sacó extremos tan notables, filosofía tan profunda, que nadie dejó de escucharle.

*Marq.* Esa es la mejor crítica que desear puede un autor.

*Duq.* No, D. Serapio, no es eso; ganó aplausos nutridísimos, alabanzas sostenidas y proclamación unánime.

*Serapio.* Sí, ya lo sé, y fué sincera; porque engrandeció asunto y tema, que en general nadie miraba.

*Condesa.* Pues yo abjuré de mis yerros..... y desde ese día.....

*Serapio.* Funesto.....

*Condesa.* Dále; no llame Vd. de ese modo á un día de conversión. Desde ese día feliz, contra usos de esta época copiadora de lo inglés y contra mi poca energía para avasallar lo ridículo, vuelvo á las presentaciones, como uso que rigió en mis mocedades.

*Serapio.* Tal hábito se armoniza con la espansión proverbial y es lo que cuadra á hospitalarias costumbres; como nos caracteriza ceder el paso en la acera; privarse de los asientos que aprovechen á las damas y, aunque fumadores, no prescindir de la venia para darnos á ese vicio.

*Condesa.* Angel decía en su epílogo: «Del hombre caritativo. hasta sin saberlas, brotará forma educada.»

*Serapio.* Formas que fueron típicas; galantería espontánea en esta tierra española.

*Marq.* ¡La moda va equivocada en ese como en otros plagios!.... ¡Vano empeño se proponen trasplantando lo que por origen de muchas concausas encaja al borde del Támesis y sin consignas, que para ellos es SNOB, practican en sus aislamientos, no pudiendo conocerse, cinco millones de seres! ¡Si aquí somos cuatro gatos!

*Condesa.* Y cuatro gatas, marqués.

*Marq.* Ellas son para mí serafines.

*Serapio.* Es lo cierto que en cada localidad, desde Madrid á la Isla, y de Coruña al Masnou, nos sabemos de memoria lo que fuímos, lo que somos.....

*Condesa.* Y hasta hay quien se atreve á augurar lo que seremos.

*Duq.* Eso sí que es español. Véase el cuento de las cucañas, que nos contó D. Serapio.

*Marq.* *(Levantándose de donde estaba sentado.)* No, señor; si tal costumbre jamás fué de los ingleses cuando es alguien quien los junta. Unos á otros ni se miran cuando el sitio en que se hallan no tiene quien lo presida: en hoteles, restaurants y en los bailes públicos y conciertos de las infinitas asociaciones en que se agrupan por sectas, por barrios, por aficiones y con objetos diversos; pero en cuanto un D. Fulano recibe en su casa ó se acerca á otros señores, faltar cree éste á la cortesía no satisfaciendo á todos en el justo deseo de saber con quién se les obliga tácitamente á alternar. *(Suena una campanada y entra un criado con perfume.)*

*Serapio.* Todo lo contrario de la morgue que ahora domina y que hace nos miremos cual bichos raros.

*Duq.* Fomentando el egoismo, eso es sin duda más cómodo. Lo cual no es bastante valla para los advenedizos ni impide que se cuelen los que pecan de osadía—fruta la más á la moda.

*Serapio.* Pobres de los que truecan su cabeza por las cabezas de moda. A lo más como la de la fábula: bonitas serán por fuera, pero.....

*Condesa.* Eso dijo Angel, y es claro y lógico eso.

*Serapio.* *(Burlón.)* Cuya palabra mágica hace olvidar las derrotas y despreciar los laureles que hasta hoy, gran Dos de Mayo, me disputó la condesa.

*Marq.* *(Sentándose.)* Pues yo, á estilo de Stanley, al que seguiré constante, les diré á Vds. fecha fija del día que ocuparon el campo reyes, caballos y arfiles. Llegamos de Villafranca el 25 de Octubre, y esa noche, el año pasado, dieron, mi prima y Vd., principio á las hostilidades. A poco de su comienzo, y en aquella misma noche, salí yo para París y Londres.

*Condesa.* Es verdad; saliste ese día.

*Serapio.* La sesión del Ateneo, en que yo hablé de la higiene doméstica, fué el día 6 de Febrero, y el 7 por Angelito, habrá desde hoy de llamarse el día de la conversión.

*Duq.* *(Levantándose y acercándose.)* Dudaríase de la generosidad de Vd., con todo y ser su pupilo, si el rival no fuese joven, á los que Vd. ya no teme.

*Serapio.* No les temo, porque les quiero como la esperanza de esta patria, que exige regenerarse, que pide á voces reverdezcan ideas sanas, que se queme lo caduco y podrido, se espaventeen las cenizas y la savia nueva venga.

*Condesa.* Gracias, Sr. D. Serapio. Será Vd. muy académico, pero no me niegue Vd. que esa frase no es digna de usted, que tantos ejemplos dió en su larga vida, ni ante las damas se estila, así en Londres como en Rusia, donde dicen que hoy está en su apogeo la galantería.

*Serapio.* Sigo el ejemplo de Vd. en el *mea culpa*, condesa, ya que es imposible que en influencia sobre su auditorio pueda ganarle ni Angel; ese adalid de quien tanto espero, y que logra su deserción de Vd. en ciertos usos seguidos, gracias á Dios, únicamente por chica y rechica parte de la que se dió en llamarse alta clase, escogida sociedad y sostenedora del trato más exquisito. Y ella lo dijo, y callarse: que ante Blas punto redondo.

*Duq.* *(Otra vez sentada, siguiendo con su labor.)* No sea usted malévolo, ni sea Vd. intolerante; que eso desdice de sus teorías de Vd., y niega los aplausos al orador, de quien señalaron Vds. como primer mérito lo flexible y transigente; lo liberal de sus frases, en medio de sostener usos buenos y probar lo erróneo de ciertas formas, de que nacen esa falta de cohesión para todo y ese desligamiento completo, contribuyendo al cinismo en las costumbres y á que la inmoralidad desborde.

*Condesa.* Eso; ante eso estoy convencida: mi primo, el marqués, dirá los frenos que hemos tenido en el lazo con las gentes: somos viejos, y los viejos deben decir lo que á jóvenes enseñe. ¡Ojalá hiciéramos siempre lo propio! El les dirá á Vds. que desde la infancia comprendimos ser el uno para el otro, y así debía haber sido.

*Marq.* *(Dramático.)* Nessunmagior dolore che il ricor dar

tempo felice..... (*Con sentimiento natural.*) Y hubiera sido sin duda sin tu afán de ser condesa y grande de España á un tiempo.

*Condesa.* Cara ha sido la grandeza, querido primo. ¡Sabía la madre de Angel las lágrimas que me cuesta!

*Marq.* Ya sabes que siempre dije que sin la amistad del duque de Elva era otro el conde, tu esposo.

*Condesa.* Sí, pero lo mejor hubiera sido abstenerme.

*Marq.* (*Sentándose cerca de la condesa.*) Estaba frente á Tetuán cuando supe el proyecto de esa boda, y ni á vuelo de pájaro hubiera llegado á tiempo de que no abrieras la tumba de mis ilusiones. No tuve la suerte de morir en Africa, y al terminar la campaña, y sin aspirar á la faja que quería ofrecer á mi Ana, esta es la primera vez que paso un tiempo á su lado. (*Suenan dos campanadas.*)

## ESCENA III

Dichos, D. Tello Téllez y Criado, que entra servicio de té, preparando colocación para servirlo (*lo que hará más tarde la duquesa*).

*Duq.* ¿De vuelta?

*Téllez.* Ya.

*Duq.* ¿Cumplió?

*Téllez.* Cumplí.

*Duq.* ¿Y qué?

*Tellez.* Nada; oscuridad completa.

*Condesa.* ¿Cómo?

*Téllez.* Silencio profundo.

*Duq.* ¿Hizo Vd. mi encargo? Dígame Vd. sí ó nó.

*Téllez.* Que sí; *ad peden literae.*

*Duq.* ¡Qué fastidio! No lo entiendo.

*Téllez.* Como estudié humanidades, hablo á Vds. en latín clásico.

*Duq.* Para que estemos á oscuras.

*Téllez.* Otros hablan en inglés, y nadie se queja de ello, aunque tampoco se entienda. Así: á oscuras y en silencio he dejado la embajada.

*Duq.* ¿No había nadie?

*Téllez.* *(Haciendo seña afirmativa.)* Se han ido todos al Real, y sabe Vd. que los ingleses no pierden la sinfonía.

*Condesa.* ¿No cantan hoy el *Profeta?* ¡Poco deleite tendrán! y con ir al tercer acto se oye la marcha triunfal.

*Duq.* ¡Qué escena tan antipática! ¡Negar á su madre!

*Serapio.* Los Apóstoles negaron á Jesus de Nazaret.

*Duq.* *(Dice aparte algo en voz baja á Téllez.)*

*Téllez.* Como Vd. lo mande, yo hago otra de Vicálvaro.

*Serapio.* Y hay quien sostiene que la traición al esposo es traición bien tolerable.

*Téllez.* *(Mirando el reloj.)* Las diez. Llego á la proclamación, que es siempre mi afán, recordando que proclamo dama por ley de natura á la condesa del Manzano.

*Condesa.* Ya sabe Vd. que los viernes está Vd. aquí de retén, á la hora de la mesa.

*Téllez.* ¿Pero en Cuaresma no dará Vd. de comer? Eso sería un exceso.

*Condesa.* Incluso esos días: porque así trabajo á mi modo para que nadie promiscue. En mi casa yo proscribo el promiscuar. Dígaselo Vd. al teniente Rafael Pérez.

*Duq.* Sí; mi tía jamás promiscuó.

*Téllez.* Rafael está entregado al estudio para un drama que prepara.

*Condesa.* Pues que estudie á su excelente mujer. Si él estudia, yo me escamo.

*Téllez.* Crea Vd., señora condesa, que Rafael estudia las mujeres para ver si el sexo vale lo que él lo enaltece; á lo que le arguyo siempre que son pocos sus aplausos para los que el sexo merece.

*Duq.* Gracias.

*Condesa.* Conoce Vd. el sexo, Téllez.

*Téllez.* A Dios, condesa, que voy á buscar noticias de la escena que preocupa á la duquesa.

## ESCENA IV

### DICHOS, SIN TÉLLEZ

*Serapio.* Le decía á Vd , marqués, que es lástima de los servicios que ha perdido en Vd. España. *(Suena una*

*campanada. El criado entra y trae las cafeteras, repasando á la vez las lámparas. La duquesa le dice:)*

*Duq.* ¿Aún no ha venido visita? *(El criado hace seña negativa y empieza á servir la duquesa el té.)*

## ESCENA V

DICHOS, SIN CRIADO. *(La duquesa sirviendo el té con la mayor calma)*

*Marq.* En mi afán de servirla, que aprendí con mi bautismo de sangre, utilizo, aunque retirado, cuanto en los viajes aprendo, y sir Stanley y yo á porfía en nuestro país pensamos al cruzar mundos y mares. A llevarle fuí unos datos en cuanto acompañé á ustedes aquí desde Villafranca.

*Duq.* También habló Angel en el Ateneo de los que sirven á la sociedad y á la patria por caminos encontrados y distintos, y á veces por los más raros, llegando al mejor servicio.

*Serapio.* (*Sentándose.*) Ese joven tiene fondo y ha de ir muy lejos si sigue en su aplicación.

*Condesa.* Yo le tengo ya guardada el acta de diputado.

*Marq.* Anda, anda, ¿y sabes tú, Ana, si se avendrá á los cabildeos y papeles que exige aquel plantel de las leyes?

*Duq* Yo aseguro que Angel domina desde que empiece; subyuga sin que él lo piense, y quizás si funda escuela y llega á jefe de partido.

*Serapio.* Es lo que falta nos hace: un hombre sin puntos negros, pues no hay mando sin prestigio, pero es muy jovencito Angel para pensar en eso.

*Duq.* Ya es abogado y acaba de doctorarse. Nadie á trabajar le aventaja.

*Marq.* ¿Ahora acaba y en Agosto sólo estaba en la mitad? Ese joven hace buena la libertad de enseñanza.

*Serapio.* Como todo hombre sensato, hará siempre el mejor uso de lo que nadie más desacredita que la exageración de la escuela y prácticas de falsos dioses ó prosélitos hipócritas, que sería justo espurgar al formar toda fracción, como hombres de mala fe. (*Suena una campanada.*)

*Condesa.* ¿Será tu marido?

*Duq.* Sólo dieron una; no sé de él desde la sesión de ayer; le llamaron de Guerra en cuanto salió del Congreso. Le esperaba luego una comisión del Centro Militar; los periodistas le asedian, y con él no hay que contar para el té. Como no venía á comer, con toda la cortesía que acompaña á sus palabras, envióme una esquelita para que le disculpara su falta de compañía.

*Condesa.* Causó realmente *succès* aquel discurso-programa, con el que yo no transijo. Me alegro, empero, por él y por mi sobrina, y porque siempre entusiasma ver á un militar de su historia estrenarse de orador y hacerlo cual los más duchos.

*Serapio.* Condesa, fuerza no es de la oratoria suya, sino del alma ese éxito. El general hablaba lo que sentía, y cuando se habla de ese modo no hace falta ser artista.

*Condesa.* Es decir, que para Vd. son sólo artistas esos grandes oradores.

*Serapio.* Los que la fama pregona sin la sanción de sus hechos, sólo cómicos les llamo, condesa; tan sólo cómicos.

*Duq.* (*Dándole la taza de té.*) De modo que Angel..... Explíquese Vd., académico.

*Serapio.* Nada hay que decir de Angel, del cual les digo lo que al general aplico, probado además en él eligiendo siempre temas que no reclaman historia. El arte

consiste en poseerse de tal suerte, y de tal suerte robar la apariencia de verdad á la naturaleza y á la realidad, que se llegue á la completa ficción, representándola de modo que aparezca como verdadero lo fingido, y como sentido lo que se dice. El genio verdadero refunde ambas condiciones. Pero esto no lo hacen los oradores de hábito y de profesión, vulgo cómicos de pega, á quienes nadie tributara el menor aplauso ni aun se les escucharía, sin duda, á creer fingido lo que predican.

*Condesa.* (*Dirigiéndose al público.*) Al oirle, parece que al artista postergue sin darle gran importancia.

*Serapio.* (*Recogiendo esa protesta con calma.*) Será para el que fuese sordo ó quisiese no entenderme. Mucha importancia doy al artista en todo cuando siente lo que dice ó hace, y hay en una y otra cosa salud y pasto del alma. Nada, si sólo finge lo bueno ó me retrata lo malo.

*Duq.* (*Protestando vivísima.*) ¿Y Romea y la Sarah, y la Doze y la Matilde, y Rossi y la Teodora, y la Boldún y la Ristori, y la Marini?

*Serapio.* (*Reposado.*) Me cita Vd. ejemplares de muy distintas escuelas. Si Vd. los estudia á conciencia, les verá usted decayendo en lo que no podían sentir, y en especial me refiero á D. Julián y la Díez, y Teodora y la Boldún, y asimismo á la Marini. Ésta borda la Pamela y se niega en *Demi-Monde.*

*Duq.* Es verdad. Me callo.

*Serapio.* (*Sigue.*) ¿Qué hace el feo con el espejo mejor al verse reproducido? Lo rompe, ¿verdad? Pues eso hago yo con las copias de lo malo. El arte verdadero es la mezcla y la armonía del fondo y la forma, y el genio, debiendo sentir é identificarse, cuando es de otro la idea, ha de repugnar buscarla en incompletos modelos.

*Condesa.* ¿Y los que los copian mal?

*Serapio.* Esos se llaman chambones.

*Duq.* No; lo que es la ficción, nadie se la achaca, de seguro, á mi marido, que es siempre la verdad en persona. Podría jurarse que no fingió nada en su vida.

*Serapio.* Por eso el ruidoso éxito del debut parlamentario.

*Condesa.* Según Vd., lograría igual éxito.....

*Serapio.* A no ser cualquier artista, todo el que allí exprese lo que sienta, si lo que siente es digno de la atención de las Cámaras.

*Condesa.* (*Con énfasis y tono mordaz.*) Ya lo creo; el voluntariado. ¡Estaríamos frescos si hubiesen de ir, voluntarios ó forzados, nuestros primeros nombres, al cuartel y á la revista, y al rancho y al ejercicio!

*Marq.* El primer soldado es el rey, y tú te olvidas de lo noble del servicio.

*Duq.* (*Va á retirarle la taza de té.*) Bien recibes en tu casa, y es *ton enfant gâté* Angelito, que se aloja en el del Príncipe Pío, y le veo cada mañana con su sección llevar caballos al agua y todas las otras faenas de su cargo de sargento, cuyo dormán tanto luce.

*Condesa.* Es en mí una aberración, lo declaro; pero ese joven se impone, y es tan exquisito el trato, y tan gallardo su talle, y es un doncel tan apuesto, y tan correcto en su frase, que sería del peor gusto excluirle del salón más escogido y de la sociedad más selecta.

*Serapio.* Eso revela que al mérito verdadero no cierra nunca sus puertas la condesa del Manzano. Así ocurría en Madrid, allá cuando yo fuí mozo. En el salón más distinguido había consorcio de ideas: se encerraba comunicación de clases y de orígenes el cruce, sin estímulos del oro, que suple hoy los blasones, tampoco exigidos antaño para ir á los saraos, sino educación, talento, compostura y elegancia; de modo que ogaño, cual en otras muchas cosas, hay contradicción en esto.

*Condesa.* Comprendo que toda mujer se ufane de ser de él la preferida, y hasta perdono *flirtear* para obtener su atención. Es hasta un trofeo honorífico para dama de buen gusto su agasajo y su atención. El embajador inglés está loco de ese chico, y le llama *son gros lot* y su león del trabajo.

*Serapio.* Yo creía que las damas del gran mundo tenían por trofeos galantes esos polligallos típicos, precozmente polillados, en que el frac es lo intachable, hallándose en los salones, en el sitio que ocupa en museos y panteones, el estandarte ó las banderas cuyos mé-

ritos se saben contando sus agujeros y notando sus girones.

*Condesa.* A mayoría de mujeres las halaga exhibir que vencieron muchas veces, á otras lucir en sus triunfos la más difícil conquista ó los nombres más sonados. Estas en lo general, busconas lo mismo unas que otras, no se interesan por nada. Su halago es la vanidad, cuando no exista codicia, y sus anhelos mostrar un nutrido repertorio, voluminoso catálogo. La calidad no hace al caso. La cuestión es cantidad, sin que eso les niegue ni encoja al perseguir ideales mayores ni las mayores alturas cuando lo escéntrico no las llevare á lo muy bajo, muy bajo.

*Serapio.* Busconas con brocados y moaré.

*Marq.* Para una de casta tuvo mi amigo el coronel Oliver cantárida irresistible á la ambición desatada.

*Condesa.* Lo que le gusta á mi primo la comidilla del cuento que no entra nunca en mi boca.

*Duq.* Ni yo supe nunca uno. Tío, un sorbito del Rá. *(Le sirve una copita, que el marqués deja para cuando acabe el té.)*

*Marq.* Resabios de lo que fuí. Es fruta de campamentos. Requerido por una de esas mi amigo en un sitio de baños á que la hiciera protagonista, cual reclamo, de alguna de las redondillas que escuchaban cuantos en el balneario se hallaban, la dijo para rehuir el asedio:

Ser reina conseguirás
si este consejo es tu ley:
Haz á tu marido rey
de tu casa, y lo serás.

*Duq.* Sabía ese sucedido. *(Le retira la taza vacía á D. Serapio.)*

*Condesa.* A eso le llamo un poeta de esprit, y bien le fué á la desvergonzada la desvergüenza que oyó. Pero á niña de buen gusto han de agradarle victorias como nuestro Angel, con corazon y cabeza; con buen juício y sentimiento como la que yo gané sin merecerlo en mi buen primo el marqués, y á esos trofeos he aludido cuando encomiaba sus méritos.

*Marq.* Mi prima siempre alusiva. Desea se correspondan en mérito el vencedor y el vencido, como sucedió

en Bailén con frase entera y discreta del creador de ese título á la impertinencia francesa.

*Duq.* ¿Qué fué eso, tío? Dígalo Vd.

*Marq.* ¿No sabes tú la respuesta del valiente Castaños al alarde del francés? Al entregarle la espada vencida en aquella gran batalla, decía con altanero desdén: «Os rindo mi espada, victoriosa en cien combates.» Y Castaños, joven, pero muy sereno, altanero en el fondo, pero modesto en el tono, respondió: «Yo os la devuelvo envuelta en la gloria de mi primera victoria en la primer batalla que mando.»

*Condesa.* No hubiera hablado Angel como el francés. Es Angel mucho más noble, y así es mejor trofeo.

*Duq.* De suerte, tía, que Vd. disculpa en una mujer el hecho, según sea el objeto del resbalón y caída.

*Condesa.* Creo, hija, que Dios disculpa ser débil en tentaciones como esa. Pero es fuerza no caer.

*Serapio.* ¡Ay marqués, queda Vd. mal!

*Condesa.* No; á fuer de vieja declaro que á todos ganó mi primo, y que á no ser de su heroismo alejándoseme siempre.....

*Marq.* (*Sacramentalmente.*) Ella fué la mujer de Putifar.

*Duq.* Tío, y Vd. lo confiesa. (*Recogiéndole la taza vacía.*)

*Marq.* ¿Qué es confesar? Me envanezco. Le dí siempre á tu tía, y desde entonces, la mejor señal de afecto: la respeté yo el primero y más amante, y la han respetado y respetará, conmigo, enterito el universo, acrecentándose en ambos el entusiasmo recíproco.

*Serapio.* Bien, marqués; eso es lo clásico, y clásico es el decirlo. Pero hoy, que son ambos libres.....

*Marq.* Hoy, D. Serapio, estamos donde debemos. Ya la edad trajo la nieve, é inmenso amor tengo á mi Ana, cual lo es el que yo recibo. Ella y mi libro comparten mi pensamiento, y á ella le leo mis conceptos; ella, en mis viajes me inspira, y si ella me sobrevive, para ella será la amargura de recoger el fracaso de lo que aplicado escribo.

*Condesa.* Ó en un robo lo publico para compartir el triunfo.

*Serapio.* Por confesión de una parte tiene Vd. derecho propio.

*Marq.* Esa fuera igual tontuna que la de ir al altar. Conser-

vemos la ilusión y duren lo que los dos, que bien dijo Calderón: que sin ilusión no hay vida.

*Duq.* Me pasma ese tipo inglés. ¿Y las pasiones, tío mío? ¿Es que niega Vd. su patria? (*Le quiere servir licor, que no acepta el marqués.*)

*Marq.* No, sobrina, esas ya no son pasiones: Sarebbe oltraggio al'amore: imitación repugnante. La ciencia dice, cual yo, que sólo el monomaniaco, que abunda mucho en mi patria, saca á la edad de su cauce. El hablar de tipo patrio en ese punto es excusa ya gastada. (*La duquesa se levanta impacientísima.*) (*Dos campanadas.*)

*Serapio.* Tiene razón el marqués, y sublime no es ni el caso ni el mismo tipo, sino su franco relato.

## ESCENA VI

DICHOS, Y D. RAFAEL PÉREZ Y CRIADO

*Ugier.* El señor teniente de húsares de Pavía, D. Rafael Pérez y Pérez.

*Condesa.* (*Al criado que aparece.*) A los señores que vengan llévelos al salón verde.

*Duq.* ¿Y si uno de ellos es Angel?

*Condesa.* (*Al criado.*) Traiga Vd. aquí tabacos y útiles de fumadores. (*A la duquesa.*) Angel sabe venir solo.

## ESCENA VII

DICHOS, SIN CRIADO

*Duq.* Sí; pero sé que no viene: conozco la criatura, y jamás pasa el dintel sin que par en par bien abierta esté la puerta.

*Pérez.* Vengo á presentarme en mi nueva división. (*Besa la mano de la condesa y luego la de la duquesa.*)

*Condesa.* Si alude Vd. al esfuerzo para traerle á Madrid, la división creo es la misma.

*Pérez.* Y aunque con mi capitán D. Tello en guarnición diferente, sigo á la orden de Vd. y á los pies de la duquesa, agradecido, además, que es prenda nueva al que siempre les fué adicto.

*Condesa.* Desde Villafranca, nombre que huele á ataque y que

trasciende á batallas, se alistó Vd. en mis banderas; pero sospecho á Vd. interesado, y que llega Vd. á la jura haciendo reservas mentales que no admite el caballero ni las merece su esposa. Tengo por más leal partidario al capitán Sr. Téllez.

*Pérez.* Señora condesa, protesto.

*Condesa.* No proteste ante esta gata ya vieja; Vd. haga su deber y recordemos aquel baile, entre campestre y de corte, en que Vd. reclutó la gente.

*Pérez.* Fué un encanto, condesa; aquello estuvo ideal. Pero nada tan divino como aquel frac encarnado con que apareció D. Quim.

*Duq.* El bueno del hombre no hacía sino extrañarse de que el barón, arribando de la corte, no usase esa prenda, para él tan del mejor tono.

*Condesa.* También me explicó sus trabajos, y cien duros que gastó para que el traje le llegase á tiempo. Dice que tiene para él gran imán todo cuanto halla señor; que el tedio le mata en la villa, esperando muera su padre para vender todas las fincas y sus numerosas tierras, y disfrutar en ciudades su inmensidad de riquezas.

*Pérez.* El señorío le arrastra, aunque no se lo asimila, pero tiene el buen sentido de querer casarse en su pueblo con gentes cuyas costumbres conozca y se avengan con las suyas.

*Condesa.* Antes de nuestro regreso, oí decir por allá que rondaba á cierta señorita.....

*Pérez.* Eran y son esos amores la mofa de todo el cuartel,

porque enfrente hacía D. Quim el plantón, sin que doña Dulcinea ablandase sus rigores.

*Condesa.* Lágrimas quebrantan peñas.

*Duq.* Menos alma de mujer fundida para el amor.

*Condesa.* En verdad que estuvo lucido aquel baile.

*Pérez.* Ya lo creo, y concurridísimo.....

*Duq.* Mostró Vd. su actividad militar; pues no faltaron parejas.

*Pérez.* Y eso que los requisitos eran algo exclusivistas. Sin ayuda de aquellos jovencitos, tan ansiosos de una fiesta, y del barón, tan fuerte en heráldica, no creo que el consejo de admisión hubiera estado tan pródigo.

*Duq.* ¡Ya lo creo! ¡Pidió mi tía hacer más pruebas que para ser calatravo!

*Serapio.* Gracias á que era feria mayor y que había muchos forasteros.

*Condesa.* Y hablen Vds. de tiempos..... Las pruebas allí se hicieron, con ser nada el galardón.

*Pérez.* ¿Cómo nada? Ahí es poco en cabezas de partido registrar el abolengo de los que fueron á un baile de la condesa del Manzano, señora de los viñedos y providencia del pueblo.

*Serapio.* Esos son males que la civilización no cura ni alivia. Siempre fué el hombre lo mismo; y contra predicaciones de los Iglesias y demás igualitarios, donde cuatro hombres se agrupen, buscará parte de ellos alegación que le apoye á fundar desigualdades. Lo mismo da que sean lores que pares, y de igual suerte vienen los alardes en lo grande que en lo efímero. No está en la cosa; está en el hombre.

*Pérez.* El orgullo se compara con su prójimo, sabiendo que todo hombre, en el hecho de serlo, tiene su inferioridad.

*Serapio.* ¡Y hoy los igualitarios, con rechazar jerarquías, no predican humildad! Se admiten toda clase de ideales menos el de hombre ejemplar, y en carencias de modelo, cada quisque se crece y se satisface á símismo.

*Marq.* De ahí que amase yo la guerra. No caben allí distingos. Lo sublime es ser un héroe, y de jactancias no resultan en ella esa clase de facturas.

*Pérez.* En el regimiento todos proclaman á los valientes, y los alardes se pagan. Este prestigio sólo con hechos se alcanza. *(Suenan dos campanadas.)*

## ESCENA VIII

DICHOS, Y CRIADO

*Criado.* Están en el salón verde los señores de Atapullo, los señores de Rogel y señores condes de las Mercedes, barón de Baroa y del Prado, y los señores de Alvaredo.

*Condesa.* Me voy con ellos, aunque gozo grandísimamente en estas discusiones. (*Se van, menos duquesa.*)

*Marq. y Scrapio.* Vámonos también nosotros.

## ESCENA IX

DUQUESA

(*Cada reflexión exige ser precedida de pausa*)

*Duq.* Señor, estoy descompuesta; me pierdo de vista y yo en mí me desconozco. Cual un barco sin brújula, sin caña y sin masteleros, ni sé á dónde voy, y aún es más, ni quiero saberlo, porque el abismo me atrae. Sin darme cuenta, quisiera siempre estar sola, y me doy miedo yo misma; no quisiera ver á nadie y la añoranza me oprime. Me causa espantos la gente, y al verme sin ella, me quisiera huir de mí. No quiero pensar á solas, y la soledad me encanta, porque nadie ve mis ojos, donde su imagen resalta. Busco disculpa en su edad para mis atrevimientos y maldigo de su edad, que lo hace tímido y quieto, cuando le quisiera osado..... resuelto; traidor para sorprenderme y ladrón para robarme.

## ESCENA X

DUQUESA Y GENERAL

*General.* ¿Sola por acá, duquesa, cuando de gente rebosa el salón en que se baila?

*Duq.* ¿Bailaban? *(Con ansiedad.)*

*General.* Sí, y te eché de menos sabiéndote aficionada. Tampoco ví á Angel allá. *(Acercándosela con reposada galantería.)* Algo tienes y haces mal en no abrirme tu pecho. A un padre y marido conjuntos no se debe tener miedo.

*Duq.* Mil gracias por el dualismo. *(Hablando con despego.)* Ya que bailando me quieres, he de probar de bailar cuando el baile llegue á su apogeo. *(Se dirige á la puerta que da á sus habitaciones.)*

*General.* Quizás no me aleje mucho, y quizás despache pronto.

*Duq.* *(Haciendo señal de conformidad á la vez que desaparece.)* ¡Bueno!

## ESCENA XI

GENERAL SOLO. (*Las pausas intercaladas, se imponen por sí solas en este monólogo*)

*General.* Fuera ciego sin notarlo. Pobre niña, que yo rehuiré espiar aunque me abrume su estado. ¿Qué debo hacer?.... Lo que debo..... no mi impulso es lo que busco..... y lo olvidé, con tenerlo tan pensado. Y es que estas situaciones no se imaginan..... sorprenden. La ley penal la he leído, como leo las Ordenanzas. No está el caso. ¿Qué hacer? Preveíble este desvío, yo, torpe fuí y me casé, olvidado de mis años, muy propios para el estudio, para servir al país, pero en que la juventud no puede ver un marido ni la honra que á éste se debe. ¿Cómo honra? ¡La mía es mía! No de ella, ni de mi padre, ni de hijos, si los hubiere. Y, ¿de cuándo acá, custodio tan débil tengo? Mi deber; esa es mi honra. Yo ganaré honra bastante á suplir la que ella quite á mi casa. Sólo admito que me alcancen las deshonras de mi patria. El agudo acicate se embotará en mis costados si sé oponerle armadura impenetrable, y el látigo del ridículo da contra el firme y único blindaje. Mi fama intachable y mi riesgo en cien combates. Los que no la tienen propia, claro, se

visten de harapos y despojos de la ajena. Mis impulsos son mi miedo. Ese primer ímpetu, que si halla corriente y á sus piés se abre el declive desbordado, desencauza sin que haya dique con fuerza á presentar resistencia.

## ESCENA XII

GENERAL Y ÁNGEL (*que muestra sorpresa al no hallar á la duquesa*)

*General.* (*Venciéndose para el disimulo.*) Hola, buen mozo. ¿Creíale de facción?

*Angel.* Mañana entraré en Palacio, que se releva á las diez.

*General.* Buena guardia le dé Dios y que esté alerta el sargento.

*Angel.* Gracias mil, mi general.

## ESCENA XIII

ÁNGEL Y DUQUESA (*que sale presurosa dirigiéndose hacia Angel.*) (*Angel, al llegar á ella, la besa la mano mientras habla*)

*Angel.* La buscaba á Vd. en nombre de la condesa, extrañándose su ausencia en los salones.

*Duq.* (*Con disgusto.*) Ya sabía yo que no hay medio de que sea atrevido este Angel á nada que no le ordenen, ó le inviten, ó le rueguen.

*Angel.* Allí el teniente Pérez habló de pedirle un vals, y la condesa en seguida insinuó que yo viniera por si tenia Vd. algo que de ir la distrajera.

*Duq.* (*Con afanosa curiosidad.*) ¿Vienes del teatro?

*Angel.* De traducir una nota que el embajador quería leer al regresar del *Profeta*.

## ESCENA XIV

DICHOS, Y D. TELLO TÉLLEZ, PÉREZ Y BARÓN

*Téllez.* (*A la duquesa.*) La he buscado por satisfacerla en su encargo último.

*Duq.* Ya, por Angel, supe lo que deseaba.

*Pérez.* Conspiraba contra Vd., duquesa.

*Duq.* No le temo á la conjura, y haré como Carlomagno. Seré de los conjurados. (*Se van ella y Angel.*) Adios, barón. (*Saludándole.*)

## ESCENA XV

DICHOS, Y BARÓN, D. TELLO TÉLLEZ, PÉREZ, Y ÁNGEL LUEGO

*Pérez.* ¡Qué atractivo tiene siempre esta mujer! Se lee como en libro abierto.

*Téllez.* Ya lo creo; no he visto en Madrid hace tiempo seducción ni ingenuidad cual las suyas.

*Barón.* Y ese gazapo de Angel se la lleva sin hacer nunca ruído, porque teme al general.

*Pérez.* Señores; son esas cosas muy graves para lanzarlas al viento sin prueba alguna ni indicio.

*Barón.* De eso no hay jamás la prueba; se presiente.....

*Pérez.* Y se calla ó no se cree.

## ESCENA XVI

DICHOS, Y ÁNGEL

(*Angel viene directamente á una consola, dando la espalda á los que están en escena: abre una serie de pliegos y escribe algunas líneas en uno, tratando luego de poner la dirección en un sobre, pero se interrumpe.*)

*Barón.* (*Tomando cigarros y ofreciendo á los demás, que los encienden.*) Vamos, Sr. de Pérez y Pérez; usted, que es autor dramático, tiene Vd. ahí acción sencilla, y dígame después si esa es prueba ó no es prueba.

*Pérez.* Sólo sé que yo no espío y respeto á mis amigos.

*Téllez.* Señores, hablemos del buen efecto que hace ver á un joven sargento vestido aquí de etiqueta en *bourgois* y en un salón de los más privilegiados del buen tono.

*Pérez.* Eso prueba que tiene excelente sentido la dama que lo recibe.

*Téllez.* ¿Y dónde me dejan Vds. el que resalta de la clase militar?

*Pérez.* Revela y exige eso grandes dotes de cultura; que el superior sea flexible y el inferior se mantenga en las verdaderas líneas que la subordinación requiere.

*Barón.* ¿Y no puede Vd. decirle nada al verle aquí de paisano.

*Téllez.* Traerá su permiso en regla y todo está así zanjado.

*Barón.* Pero Vd. puede pedirlo.

*Téllez.* Es claro. (*Ap.*) Ya nos ha visto..... y recela.

*Angel.* *(Volviendo la cabeza y notando hay gente.)* Ustedes dispensen. Estoy ya listo al momento..... (*Concluye dos ó tres líneas.*)

*Téllez.* Acabe Vd.; haga Vd.....

*Angel.* No; si tengo tiempo; hasta las cinco hay correo (*dejando de escribir*).

*Téllez.* (*Aparte.*) Vamos, finge que es para el correo.

*Angel.* Mi capitán, siempre soy de Vd. súbdito y subordinado. (*En la dificultad de meter tantos pliegos en el sobre, marca significar que eso no importa, y estruja el sobre, que guarda en un bolsillo, y mete en el del pecho los plieguecillos de la carta, que debe ser abultada.*)

*Téllez.* Todos somos aquí amigos, y hablábamos de las grandezas que se han ido conquistando en el ejército. (*Ofreciéndole la petaca.*)

*Angel.* ¡Fácil es ganar grandeza! (*Haciendo seña de agradecer la oferta, pero sin fumar.*)

*Pérez.* Pues no hallo que sea imposible.

*Téllez.* Dínos el medio, anda, acaba.

*Barón.* Dirá que imitando á César ó Aníbal, ó á cualquiera de esos héroes, que necesitan huestes guerreras, luego luchas de por medio y luego suerte en sus hechos. Rafael siempre poeta.

*Pérez.* No, se equivoca Vd., querido; ese título que, á mi entender, implica formalidad incuestionable, acciones sobresalientes, ejemplarísimos actos y sentar marcada huella para que tenga modelo el que de español se precie, créolo más al alcance de la levita ó la blusa, que del casco y la rodela, y la tizona y la armadura, y de logro menos meritorio para los

hombres de guerra que para quien gira en órbitas de paz y sosiego y de labores civiles.

*Barón.* Hombre, peregrina idea; explíquela Vd. si alcanza.

*Pérez.* Quizás no llegue á mi labio la expresión del pensamiento por lo grande que es la idea, pero suplidlo vosotros, ricos en inteligencia.

*Téllez.* Vamos, Rafael, te pierdes. ¿Hubiera en España un grande sin ser su abuelo soldado ó servir él de presente?

*Pérez.* Entiendo que la ocasión el soldado no puede tenerla á mano ganando plaza, cual vemos civilización y adelantos que pugnan contra la guerra, campo para sus proezas y horizonte á sus alientos. En cambio al hombre civil, y hasta al militar, bajo su aspecto de ciudadano en que ahora yo lo presento para sostener mi tesis, le es diaria la ocasión si abre sin regateos, ni distingos, ni trabas de ningún género, las válvulas de su amor patrio, demostrándolo sin tregua en los mil variados, complejos é innumerables extremos á que puede llegar para hacer eficaz ese sacrosanto credo que ni las más avanzadas teorías sabrán extirpar, aunque extiendan los perímetros de la nacionalidad. Sería la frontera única..... pero alzaríamos bandera contra la Luna ó Mercurio, ú otro astro cuya luz nos encelase é hiriese. El hombre será hombre siempre.

*Angel.* Convengo.—Claro está que, debiendo sobresalir de sus contemporáneos por modo estable, sostenido y permanente, es de mucho más merecimiento alcanzar ese importantísimo título, que con la acción heróica guerrera, muchas veces realizada por impulsos inevitables y ajenos á la voluntad de quien la consuma.

*Barón.* Pues lo que es hoy, sobresalir y llamar bien la atención, es cosa que no mata ni sofoca.

*Téllez.* ¿Haciendo excentricidades..... verdad?..... Esperaba esa salida de Vd.

*Pérez.* Excentricismos pasables en carnes tolendas, pero que en todo otro tiempo son el impudor social.

*Téllez.* *You are right*, Rafael. Tienes razón; abjuro y me paso á tu campo, aunque no me halle capaz de *(en*

*tono melodramático*) tanto *grande* y *de grandeza tanta.*

*Angel.* ¡Exclamación sublime que nos honra! Más en camino está mi capitán de realizarlas, que los que presumen de aptitudes, delatando signos de marcada pequeñez en su soberbia. Abundo en la propia desconfianza de mí mismo, aunque no oculte que sobrepongo á todo..... (*fogoso*) que mi ilusión mayor de joven, mi amor profundo, la gratitud inmensa que á mi padre debo, el grato recuerdo de mi cuna, la ambición de auxiliar á mis hermanos..... todo lo pospongo á lo que bajo los pliegues de ese trapo que defendió mi padre arrebatándolo de la morisma, me enseñó con conmovido acento un día que mi buena madre cosía á su pecho la cruz laureada de San Fernando.

*Barón.* ¿Y favores de las damas..... también los desdeña usted?

*Angel.* (*Mirándolo con desprecio.*) Señores, á bailar.

## ESCENA XVII

### DICHOS, Y DUQUESA

*Duq.* ¡Mucho maduran el plan los conspiradores, Pérez! Mejor, así reivindican fama contra el defecto español.

*Pérez.* Cuidado, duquesa, que está entre Vd. y yo hecha apuesta sobre quién medita menos, si el sexo de usted ó el mío.

*Barón.* (*Ap.*) Qué escándalo (*dirigiéndose á Pérez y Téllez*), y luego dirán Vds.

*Pérez.* En los negocios de Estado, la buena forma es el todo. (*Dirigiéndose á Téllez.*) Estos se buscan y nosotros estorbamos. Arrastremos á este necio.

*Téllez.* Barón, vamos á bailar.

*Barón.* Sí, vámonos (*ap.*), y no dirá la duquesa que ha pagado caro el palco. (*Se van, menos Angel que vacila.*)

## ESCENA XVIII

DUQUESA Y ÁNGEL

*Duq.* No, Angel, no; no te vayas.

*Angel.* Duquesa, ¿quiere Vd. que demos pábulo.....

*Duq.* Quiero hablar contigo en serio.

*Angel.* En serio, duquesa..... y me atribuye Vd. serlo en exceso, cuando comparto las alabanzas que suscita su belleza. Créame Vd., duquesa, vámonos de aquí..... (*Queriendo irse.*) El general.....

*Duq.* No me lo nombres. ¡Maldito sea! También él me fué traidor y uso de las represalias. Yo me tomo la revancha. ¿No me veía una niña? Clarísimo era, y no debió de escaparle que sólo engañada podía acompañarle al altar.

*Angel.* Duquesa.....

*Duq.* Fascinada por tí, sólo tu ejemplo he de seguir, te lo juro. Tu ejemplo, sí, me impondría. Hábleme el hombre, que hoy hallo del niño que á mis pies aquí jugaba leyendo á Becquer. ¿Te acuerdas? Habla; hora es que me hables, y aquí nadie vendrá á oirnos.

*Angel.* Tengo pavor, duquesa; y está Vd. aquí en peligro. Si Vd. se deshonrase, yo me mataría. Lea Vd. esta carta, y le dirá mi lealtad y mis sentimientos completos. Yo esperaré esa lectura. (*Angel se va á esperar tras del portier de la izquierda.*) Juzgue Vd. sola de mí.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, Y GENERAL EN EL FORO

*Duq.* (*Leyendo.*) (*Entusiasmos, frenesí, demostración de que lee cuanto puede apetecer.*) (*Escena mímica de parte de la duquesa.*)

*General.* ¡Ah, la prueba!... ¡Nunca la hubiera buscado!.... ¡Evidente! ¡Jamás de igual gozo disfrutó ninguna epístola mía!

*Angel.* (*Aparece por puerta y cortinón, izquierda del espectador, quedando en el lado derecho escénico por donde*

*entró, de suerte que ni veía ni ve al general, ni de él podía ser visto hasta ahora.*) Tiemblo de que lea aquí esta mujer.

*General.* ¡Ah! aquí está el cómplice. El deber mío yo busco y nunca lo hallé tan dudoso.

*Angel.* (*Va á querer ir hacia la duquesa. Esta, leyendo los varios pliegos de la carta, los besa y marca evidente impulso de ir á su cuarto, que está próximo á su sillón y á su izquierda* (*derecha del espectador.*)

*Duq.* ¡Quiero estar horas y horas gozando en mi soledad!

¡Qué notas, señor, qué notas! Esto es amar: todo santo, sublime. (*Besa y rebesa los pliegos al irse.*) (*Se le cae un pliego.*)

*Angel.* Perdió aquí el último pliego (*y al irse ella quiere precipitarse á cogerle*).

*General.* (*Le coge, brusco, de un brazo, doblándole el cuerpo y deteniéndole, á la vez que, con la mano en la boca, hace señal de que no hable hasta que pueda haberse alejado ella, y hablando primero, dice:*) Vea usted que quiero ignorar ante ella su delito.

*Angel.* (*Cuando la duquesa esté fuera.*) ¡Vamos! ¿Acabó usted ya? (*Airado y altivo.*)

*General.* ¿Acabar?..... Ahora empezamos, sargento.

*Angel.* La cosa.....

*General.* En toda cosa, lo primero es lo primero, y siendo los dos soldados, el soldado es antes que el caballero. En el militar, afectos, pasiones, iras, despechos, todo lo sofoca el uniforme que vestimos, si comprendemos la honra que impone. Empiece Vd. por cuadrarse, mostrando el permiso para usar ese traje.

*Angel.* (*Rebelde.*) Aquí ha empezado el hombre y ha buscado al caballero. Sin sus violencias de Vd., poniendo en mí airada mano, cediera yo á la verdad que hay en cuanto ha dicho y respeto. Aquí el general no se acordó de su faja. Justo es que reclame caballero á caballero. (*Violentamente le da una tarjeta, y el general la toma, á la vez que Angel va á coger el pliego caído.*)

*General.* (*Irritado.*) Eso es mío.....

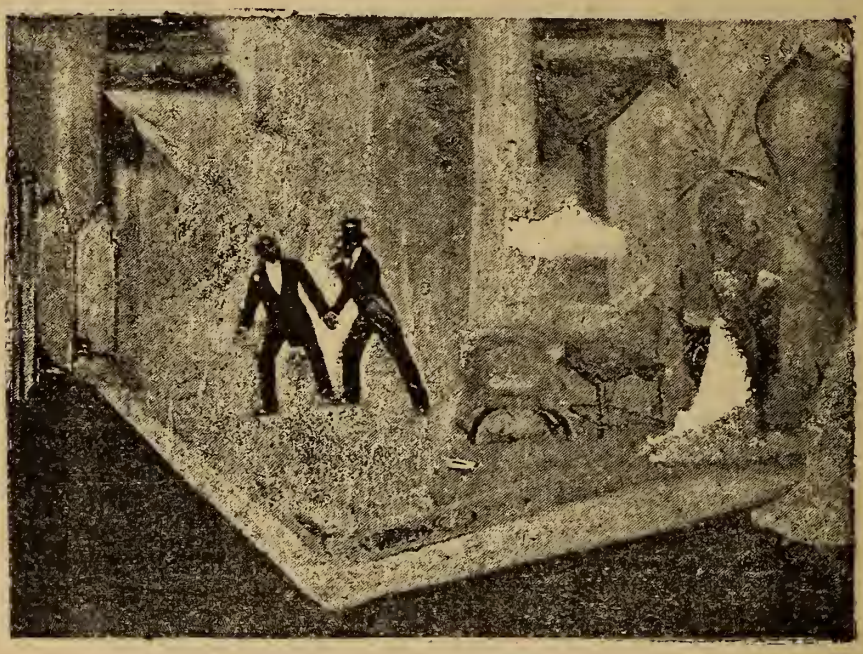
*Angel.* No; vea Vd. (*enseñándole con serenidad la letra y*

*firma, pero sin darle la carta*), lleva mi firma; luego la propiedad es bien clara.

*General.* Está bien; la destruiré de un balazo.

*Angel.* (*Con respetuosidad.*) O yo se la daré á Vd.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



# ACTO TERCERO

La escena representa un bosque, todo lo caracterizado posible para sitio de un lance á pistola

## ESCENA PRIMERA

D. TELLO TÉLLEZ, D. SERAPIO, PÉREZ y MARQUÉS. Los cuatro son los testigos, y uno de ellos MÉDICO, que es el ACADÉMICO, y los contendientes. Un testigo, al levantarse el telón, da las tres pausadas palmadas, coincidiendo la última con el telón alto, en cuyo momento suenan dos tiros. ANGEL ha disparado al aire. El GENERAL ha dado en la cabeza á su adversario.

*Angel.* (*Cayendo en brazos de sus testigos Pérez y el marqués.*) ¡Perdón, padre mío!

*General.* ¡Siempre temí esto de mis manos!

*Marq.* Váyase Vd., general.....

*General.* Yo no me muevo de aquí: autor me señala el Código, y yo me entrego siempre á la ley. Lo que me duele es ver esto; que esta clase de combates no son á los que estoy hecho.

*Serapio.* Late su pecho, no ha muerto; pero la bala certera rompió el cráneo.

*Pérez.* Sin el movimiento que hizo ese joven, rehuyendo ser agresor, su muerte era inevitable y cierta.

*Téllez.* Alzando el brazo desvió el cuerpo del plano de trayectoría.

*General.* ¡Bendito sea el desvío!

*Pérez.* Tiene aún en su mano rígida una carta, que corresponde recoger á los cuatro testigos. (*Recogen la carta y lee el marqués el sobre.*) «Para el señor duque, mi general respetado.»

*General.* ¡Y tan respetado! Ese chico es noble de veras. Lo buscaron..... cayó. Claro. Las mujeres creerán siempre que juegan á las muñecas hasta en sus pasos más graves. (*Va á coger la carta. Rompe el sobre que se ha leído, y aparece otro sobre.*) Señores, otro sobre, que yo no debo leer.

*Marq.* Sí, general. Los testigos cumplieron: el segundo sobre escrito ya es de Vd.

*General.* (*Sin mirar.*) Dice así..... (*Lo mira.*) Ruego no se abra hasta después de mi muerte.

*Pérez.* Está gravísimo, y no puede durar nada.

*Serapio.* Lo esencial, si Dios le sostiene fuerzas, es que le halle en cama la fiebre. Ayer telegrafié á su padre, como era de mi deber, y urge evitar emociones. Busquemos una camilla y á casa lo llevaremos.

*Todos.* Al momento. (*Cae el telón. Rápida mutación.*)

## ESCENA II

Salita en la casa del médico.—Mesa y sillón tan sólo.—Lo esencial es la rapidez del cambio

APARECE EL CAPITÁN D. TELLO Y LUEGO EL MÉDICO

*Téllez.* Lástima no sea oficial el muchacho. ¡Qué valor, y qué energía! (*Al médico, que aparece.*) ¿Descansó ya el Sr. de Andrade?

*Serapio.* No puedo tenerlo quieto, aunque hace sólo un minuto que se echó en cama, vestido. Pero está muy diferente que cuando ayer bajó del tren.

*Téllez.* Llegó aquí más muerto que vivo, pero pronto revivió al ver que no le engañábamos y que Angel le saludaba y pedía su bendición, aunque en voz queda y sin moverse.

*Serapio.* Es que ayer era imposible, y le dije yo muy claro, antes de presentarle á su padre, que eligiese entre que dure la cura ó dejar de estar en cama.

*Téllez.* Y ya hoy quiere levantarse, diciendo que es todo un hombre, y que tiene que escribir, porque ya no tiene fiebre.

*Serapio.* Las heridas de la cabeza, es cosa sabida: mucho ruído y pocas nueces, cuando no tumban redondos.

*Téllez.* Mala mano tenemos Vd. y yo, doctor, en el Jordán del honor. Aunque profano, veo que lo de Angel ya no es nada; aquéllo sí que fué serio, y esto quizás injusto.

*Serapio.* Es verdad que Vd. y yo fuímos también los padrinos del duque aquél, de infausta memoria, y que por fin concluyó. Ayer, con el marqués, haciendo historia retrospectiva, decíamos si en aquel caso debimos llamar á un agente para evitar el suicidio.

*Téllez.* Ea, bien muerto está; que los hombres como ese manchan cuanto miran, y estorban á la humanidad. Yo aprobé mucho al conde del Manzano, y es rasgo de verdadero grande hombre darle la pistola al duque en vez de matarlo él por un derecho admitido, quedándole aún un tiro, que su sangre fría guardó mientras despachó los tres á escape el temeroso adversario.

*Serapio.* Pero decía alguien ayer que fué una temeridad tratándose de aquel duque, capaz de disparárselo á quemarropa.

*Téllez.* ¡Bien alerta estaba yo! Lo confieso; y además, las nobles palabras del conde eran valladar muy fuerte, pronunciando aquellas elocuentes frases: «*Está usted non entre grandes, tome Vd.; yo no le mato.*» «*Rogaremos por Vd.*»

*Serapio.* Tenía en su boca mucha miga aquella frase, por ser el conde testigo de las mayores crueldades con la última víctima en su vida galante. Por ella riñeron aquellos dos amigachos, causa el duque de los desarreglos y triste vida que dió el conde á la condesa, su esposa.

*Téllez* No sabía yo ese detalle. Creía que el matrimonio

iba mal por despego de los dos, y que por eso vivían con ellos los sobrinos, los duques de Errín.

*Serapio.* Sí; y también por razón de esa amistad. El duque de Elva tenía ponzoña en el cuerpo, era frívolo y voluble, y decía bien su misma madre, que aquello fué mal engendro, y que hubiera hasta dudado de si era ó no era su madre.

*Téllez.* Del presente caso cavilo sin ser yo meticuloso.

*Serapio.* ¿Qué es ello?

*Téllez.* ¿Qué?... Que inevitables los duelos hasta que lleguemos á la meta de la civilización, dándonos ella, y ella sólo, el apogeo de recíprocos respetos.....

*Serapio.* Tenéis razón, Téllez. Los padrinos que intervienen y normalizan en nombre de la sociedad las humanas disputas, deben depurar si es preciso ó no preciso el desahogo, que sería siempre brutal y sangriento sin esa intervención regularizada y convenida. Pero, y hablo á lo médico.... ¿Conoce Vd. el interior del caso? ¿No?... Pues esperemos. En cambio el de Elva, hasta muerto, ha de darme que hacer.

*Téllez.* ¿Por qué?

*Serapio.* Porque ya sabe Vd. que soy de los testamentarios.

*Téllez.* ¿Parecieron muchos hijos?

*Serapio.* Si acaso, están preteridos; y sería esto un dolor, porque Angel me ha informado que esto rompe el testamento.

*Téllez.* ¿Cómo romper?.....

*Serapio.* Que se anula, habiendo preterición de algún hijo.— El testamento sólo reconoce uno, que hemos llamado por edictos.

*Téllez.* Y si el hijo fuera otro mal engendro, ¿heredaría la grandeza?

*Serapio.* ¡Vaya! Esa, nadie se la quita.

*Téllez.* No lo entiendo.....

*Serapio.* Ni yo; pero así es. Heredará ese hijo, cual sea, todas las prerrogativas transmisibles y los caudales y bienes, que no serán pocos, del padre. Y buena gana tenemos los albaceas de que los administre su dueño.

*Téllez.* Pensaba yo..... lo que haría el sargento Andrade si saliese el chico al padre.

*Serapio.* Pues que lo saludaría con la misma reverencia que á banderas españolas y á cuantas cruces laureadas, así como hombres ilustres le pasan en rededor.

*Téllez.* Sí, vamos, sólo ve el símbolo y formas civilizadas.

*Serapio.* Nada más. Angel no lo discute; dice, como de los curas, que él no ha de hacer el proceso; que lo haga quien corresponda; que él venera lo que está representado, y lo saluda, y *laus deo.*

*Téllez.* ¿Y cómo se tarda tanto en hallar el heredero? Hace ya cuatro años de eso, sí; si el conde murió á poco del lance. ¡Fué cuándo ocurrió mi ascenso!

*Serapio.* Pues, hijo, cosas de España; no se admitió el primer escrito, y subsanando reparos, hasta hoy hemos llegado, escribiendo folios é infolios sin fin. Fortuna que nada ó poco nos cuesta haciéndolos Rafael.

## ESCENA III

ÉSTOS Y CORONEL (*vestido de paisano*)

*Téllez.* Ya ve Vd. que Angel va muy bien en su curación.

*Coronel.* Mas no me he persuadido de que la fiebre no exista, como decía el doctor.

*Serapio.* Yo ahora le veré. Aunque rápida es la cura, no es bueno que se mueva ni hable, porque los tejidos, con la quietud, sabiamente se aproximan, no habiendo supuración apenas, y ésta y todo se combina con arte, como no hay otra para la cicatrización.

*Coronel.* ¿Y el cráneo?

*Serapio.* En el hueso, lo que se fué ya no vuelve.

*Téllez.* Nada, eso no se ve.

*Serapio.* No, no ha de haber fealdad, y si hoy hubiera combate, respondería al toque de botasillas.

*Coronel.* Las fealdades del alma son las únicas que veo, y, por fortuna, Dios hace que Angel huya de tenerlas.

*Téllez.* Ya lo creo: si hasta el mismo general decía en el sitio del lance: «*Lo han buscado, lo han buscado,*» y en la carta él se lo dirá, sin duda.

*Coronel.* Yo no puedo comprender lo que haya aquí escondido, y sin juícios temerarios negaría resuelto cuanto teme el general.

*Serapio.* Su recado es constante para preguntar por Angel.

## ESCENA IV

DICHOS, Y UN CRIADO

*Criado.* Señor: esta tarjeta sube un lacayo, pidiendo entrada.

*Serapio.* (*Leyendo la carta.*) ¡Del general Bastinos! ¿No les dije su interés? Yo no sé, coronel, si Vd. se halla bastante sereno.

*Coronel.* El general Bastinos me conoce y sabe desde Africa, en que nos batimos juntos, que no me voy del seguro. Si Vd. permite (*al académico, que hace señal de asentimiento*) que pase.....

*Serapio.* (*Al criado.*) Ya lo oye Vd.; acompañe Vd. á ese caballero.

## ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS EL CRIADO

*Téllez.* Ahora hace falta valor, y que piense Vd. que el general no podía salir de los moldes del honor.

*Coronel.* Pierda Vd. la desconfianza. Me estimo dueño de mí, y si hubiera el tren volado, el padrino de mi hijo creo debió de serlo su padre.

*Serapio.* Vámonos (*á Téllez*). Hablarán mejor. (*Se van.*)

## ESCENA VI

CORONEL INVÁLIDO Y GENERAL

*Coronel.* (*Al ver al general.*) Mi general.....

*General.* Mi coronel, le ruego á Vd. que excuse el paso que no consultó mi espíritu, rebelde á las fórmulas. El corazón pidió venir, y aquí estoy. Sé que Angel está ya bien.

*Coronel.* Gracias, mi general (*marcando variar de intento la conversación*), y gracias por una categoría que tuve y que ya no tengo. Soy tan sólo comandante.

*General.* ¿Cómo es eso, si al volver de Africa, en que yo era soldado raso, era Vd. ya capitán, y recuerdo que le ví de coronel antes de su ida á Villafranca?

*Coronel.* Sí, señor, pero al hacer ese traslado pedí el retiro como inútil de Cuba, y al venirme concedido, hace pocos meses, tras un largo expedienteo, aventajé en medios y peculio, aunque al computar empleos hube de perder el mío, que Vd. ahora me ha atribuído. Contradicción que me pesa.

*General.* ¿Y por qué contradicción?

*Coronel.* Porque sin miedo de error me adelanto á asegurar que sin obstarlo loca ambición de dinero—difícil el sustraerse á que sea éste quien luzca y quien prive—y respondan los que sin prever la horrorosa consecuencia dan pábulo y constante apoyo al sostén de esa privanza—siempre seremos y somos los

soldados de hoy lo que fueron los pasados: españoles, como aquéllos con quijotismos felices y quijotismos funestos.

*General.* Es decir, que cree Vd. conmigo no hay nadie á quien satisfagan los semitercios y quintos y las semidiferencias.

*Coronel.* No sólo lo creo, si que afirmo y aseguro que todo ello no nos dura lo que la vida de un hombre. Ya ve usted que soy inválido y mi vista es imparcial. El soldado, al marchar para el combate, aspira á un algo á que el dinero no alcanza. El español, por un precio no hará lo que hace por ambiciones de gloria. Una cruz carece de precio intrínseco, y cuando la hemos ganado llena más que las mil doblas.

*General.* Estoy con Vd. en un todo, y no nos conocen los que no juzguen así. Siento verle retirado.

*Coronel.* Es un sacrificio más que agradecerán mis hijos.

*General.* ¿No dice Vd. que lucró?.....

*Coronel.* Sí; pero salí del ejército activo. en que han muerto diecisiete, sin una sola excepción, todos los abuelos míos. Tenía yo en eso ilusiones, temeroso de que el retiro, en países como el nuestro, borre el rastro de servicios.

*General.* (*Con tono de sentencia.*) Por eso hay tantos ambiciosos que están siempre anunciando el coco, por hacerse los temibles y lograr no les olviden.

*Coronel.* Aun siendo cierto el olvido, yo pensaría lo mismo, porque amor interesado no es amor muy verdadero; pero dura ley es esa que delata la más cruel ingratitud. Me cuesta mucho creerla, viendo lo que cacarea quien sólo persigue medros, hasta los nímios propósitos que muchas veces ocultan sólo intereses parciales.

*General.* No dirán que le traiga á Vd. interés haber perdido su pierna.

*Coronel.* No la perdí, merced es del cielo..... Algo me queda, gracias al joven doctor Horsmán, que defendía mis trozos cual migaja el pordiosero. Pero á cercén ya casi la ví á cien pasos de mí; tal era el filo y el corte de aquella cuchilla que se apareció á mis ojos cual alfanje de Judit en la tienda de Olofernes.

*General.* Creo que eso fué en Puerto Príncipe. Sé que estaban con Vd. Vicente y Pepe.....

*Coronel.* Y Juanito, y Adolfo, y Joaquín y Sebastián, todos generales.

*General.* Y cruz laureada uno de ellos. (*Con tono reverente y quitándose el sombrero.*) Los conozco á todos esos valientes soldados que tanto en Cuba sufrieron, porque en Santo Domingo y allí no hubo los lujos que en Africa.

*Coronel.* Sí, general, hubo ocasión entre los pocos que quedan y los muchos que murieron, para dejar bien probado que obras son amores y no buenas razones.

*General.* Obras con rastro. (*Aludiendo á su pierna y á los muertos.*)

*Coronel.* Sin contar largo reguero de sangre que dejaría senda abierta en tantos días de marcha con convoy grande de heridos, sin más auxilio de ciencia que la que inventaba marchando nuestra digna cantinera. ¡Cuántos actos de suyo sobresalientes, como los de esta heroina, yacen en completo olvido.... y cuántos en clase y esferas diversas se ignoran del todo, realizados en secreto, sin más que impulso y recompensa interior!

*General.* ¿Cómo es eso, coronel? Hablan mucho de ese trance en casa de la señora condesa del Manzano, pero no dí nunca en el hilo de los detalles del hecho. Dígame Vd., ¿carecía de médico su columna?

*Coronel.* No, señor, mi general; pero falsa noticia, de espía, determinó salieran á la ligera las tropas frescas de ella, marchando las nuestras en pos con la gruesa impedimenta, en uno de los episodios de la ruta, á Puerto Príncipe, hacía ya meses bloqueado.

*General.* ¡Debió verse negro el jefe de esas fuerzas y todos verdes Vds. si el ataque al que otros iban dispuestos se dirigió á su columnita, que marcharía como escolta del convoy impedimenta!.... Y claro, al repasar luego el campo, faltó confesión á los muertos (*se descubre respetuoso*) y el médico á los heridos. ¿Y qué hizo la cantinera? Cuénteme Vd., compañero, que estos cuadros para mí hablan mucho más á lo vivo que fantasías oratorias y discursos de academia.

*Coronel.* Mi general, en mi vida supe hallar mujer de hermosura cual la suya. Dicen que mi madre lo era. Y me reflejó á mi madre.... Cual á ella, la besé.

*General.* Claro es que sus ojos de Vd. eran los del adolido y del sediento sus labios.

*Coronel.* ¡Qué mujer, mi general! ¡Qué gigantesca y qué bella, con qué destellos la vimos y cómo su fe y patriotismo resaltó innegablemente hasta aclamarla el incrédulo, converso antes de espirar.....

*General.* ¿Y los vendajes los puso ella con acierto?

*Coronel.* Contestes los médicos, luego, en que eran aquellos vendajes un curso de cirujía. ¡Si puso en prensa el cacumen para acertar la mujer!

*General.* Realmente estaría hermosa á los ojos de quien lo de aquí de adentro (*señala el pecho*) no sea únicamente una entraña.

*Coronel.* ¡Preciosísima! ¡Divina! Con aquella tez tostada, cejijunta, boquiabierta, ojo chico y medio pardo, labio partido y mugriento, y dientes grandes y negros, porque sirvióse de ellos para romper el vendaje y hacer á escape las tiras y sacar en gruesos hilones. Los empapaba en saliva, convirtiéndolos en bálsamo con que restañar girones de piel y daños de hermano á hermano: que iras, utopia y ambiciones hicieron se despertasen enconos en quienes cuatro siglos de progenie borraron huella remota de la raza primitiva, no siendo éstos ni indígenas ni región en nada exótica, sino la fusión completa, refundidas por entero y por siempre recogidas, nombres abolengos, castas, genios, raza, sobriedad y empuje, vicios y debilidades de las cuarenta y nueve provincias.

*General.* Verdad que sí..... Lástima que los que invierten talento en predicar ambiciones no inviertiesen su influencia para lograr gran unión, que es el vínculo de fuerza. ¿Y goza Vd. del retiro por allá?

*Coronel.* Sí, señor.

*General.* Pues haría Vd. gran negocio si se extendiese á su caso la ley de clases pasivas.

*Coronel.* Créola contraria á otras leyes, pero me entusiasmaría su texto, estando en casos de apuro. Estas ruínas de la patria sólo se salvan y contienen con el

concurso de todos, pero de todos á un tiempo. Digo lo que Montesquieu, sin desautorizar los gobiernos.

*General.* Venía á devolver gustoso lo que no me pertenece. (*Saca la carta que le dieron cerrada en el desafío.*)

*Coronel.* Creo poder autorizarle para que abra Vd. esa carta.

*General.* No, de ningún modo la abro.

## ESCENA VII

EL CRIADO Y PUBILLA

*Criado.* Los señores dispensen, pero esta chica dice que viene de lejos y que interesa su entrada.

*Coronel.* Esta es la Pubilla Rafol; ¿vienes tú de Villafranca? ¿qué ocurre, mis niños?.....

*Pubilla.* Nada, señor, no es nada de su casa ni de Vd. á lo que yo vengo.

*Coronel.* (*Al criado.*) Avisa á tu señorito.

*Pubilla.* Lo que me trae es muy hondo y tiene gran interés.

## ESCENA VIII

DICHOS Y EL ACADÉMICO, MENOS CRIADO

*Serapio.* Veamos qué traes, muchacha.

*Pubilla.* Yo, señor, aquí en Madrid no sé si sabré explicarme..... En Villafranca, seguro que lo diría.

*General.* Señores, me retiro, ya que sé estas mejorías: volveré luego á consultar al doctor sobre la oportunidad de hablar con D. Angel de Andrade.

*Serapio.* ¿Quiere Vd. algo, general?

*General.* No; hasta luego.

## ESCENA IX

DICHOS, MENOS GENERAL

*Serapio.* Vamos, habla.....

*Pubilla.* Que en la casa de la Villa, y en el Juzgado de allá, se han pegado con obleas encarnadas unos papeles que llaman á la hija de un señor duque, muy rico.— Y como la señorita y doña Tomasa salieron detrás del padre de D. Angel, y dijeron que venía este señor á esta casa (*hablando dirigida al coronel*), aquí me he venido yo, que he leído todos los despachos de Vd. para sus otros hijos, dando noticias de la salud del que es novio de la señorita, mal que pesara á D. Quim.

*Serapio.* ¿Pero qué dice esta chica y qué enredo es ese que arma?

*Pubilla.* El enredo todavía no ha salido..... Anda..... anda..... Ya verá Vd.; ya se lo diré, si puedo.

*Serapio.* ¿Cómo, chica? ¿Hay más enredo?

*Pubilla.* ¡Pues ya lo creo! ¡Y ya escampa! ¿Y había de venir sin motivo?

*Serapio.* ¿Eres tú, según eso, desfacedora de enredos? ¡Eres muy buena, chiquilla!

*Pubilla.* ¡Por la cuenta que me trae! En mi tierra, al pan le llamamos pan, y llamamos vino al vino.—En este caso, no es por buena que me muevo. ¡Como que con este enredo D. Quim seguiría en sus trece, confiando en la señorita! Yo quiero libre á D. Quim.

*Serapio.* Vamos, habla y acabemos.

*Pubilla.* Cata ahí el caso: se han presentado tres escritos ante el señor juez, al cual mi hermana le plancha, y en esos escritos hay ya tres niños del pueblo que reclaman la herencia que se ofrece en los papeles pegados con obleas encarnadas en la casa de la Villa y en casa del señor juez.

*Serapio.* Si salen esos tres hijos, todos quedarán iguales; y la herencia, y los terrenos, y las viñas y castillos todo se iría á mostrencos.

*Coronel.* ¿A qué?

*Serapio.* A la Hacienda, por falta de dueño legítimo, ya que nulo el testamento hecho, ya nadie podía heredar careciendo de todo pariente el muerto.

*Pubilla.* Todo eso yo me lo sé, y por eso es que yo vengo para evitar lo que va buscando el consejero del pueblo; que haya largo y mucho pleito.

*Coronel.* Es claro; una clase de cosecha que no malogran los vientos.

*Serapio.* ¿Lo encontrará nadie justo? Pues esto es lo mismo que si yo, que soy médico del cuerpo, no cuidase á mis enfermos para aumentar las visitas.

*Coronel.* Como si los militares buscásemos algaradas para que, á río revuelto, lloviesen los entorchados. Y como si arquitectos é ingenieros, para reproducir obras y gastos, socavasen los cimientos, ó los escritores soliviantasen los ánimos, sin más mira que el peculio.

*Serapio.* Sólo hay peor que eso, y en realidad imperdonable;

los que juegan de políticos y juegan valores públicos.

*Coronel.* ¡Cuidado, que los resortes políticos!....

*Serapio.* Usted no es vulgo, D. Carlos; y el vulgo sólo confunde lo que acabo de decir. Política y Bolsa son de esencia y necesidad absoluta; pero yo hablo y condeno á los que juegan de políticos y juegan valores públicos.

*Coronel.* ¡Oh! Lo que es esos son como dinamiteros.....

*Serapio.* O las tres cosas en una.

*Pubilla.* Yo no entiendo de eso. Lo que entiendo es lo que les estoy diciendo.

*Serapio.* Y que á litigios de esa clase no se les ve nunca el fin.

*Pubilla.* Es claro. Y de eso es que rabia el juez y trina con quienes inventan motivo. Así se da á los demonios y se pone insoportable, lloviéndole todo el año quiebras y quitas y esperas, que dice son tan fingidas como las pérdidas de tantísimo vampiro, nombre el único que usa al designar usureros.

*Serapio.* Esta chica sabe mucho, y no me gusta su papel.

*Pubilla.* (*Molesta del reproche.*) Nuestro párroco reprende todo juício temerario, y aplaudiendo al precavido y experto dice que en la desconfianza somos desde luego reos de aptitud de hacer un mal. ¿No he dicho que aprendo y averiguo todo esto porque tengo gran interés? Y sepan Vds. que me era muy fácil combinar aquí un belén.

*Coronel.* Ya ha dicho que su hermana.....

*Pubilla.* Es la que plancha al señor juez, y por eso lo sabemos todo.

*Serapio.* Por lo mismo que tú dices, debes ir al señor juez á que exclarezca este caso, y no venir á nosotros, que no podemos hacer nada. De modo que estás importuna, y vas perdiendo tu viaje. (*Aparte al coronel.*) Los datos parecen ciertos. (*El coronel muestra opinar lo contrario.*)

*Pubilla.* No, señor, no estoy de más; y, ¿para eso cumplí ya treinta años? ¡A ver!.... Doña Tomasa, sonsacándola, me ha dicho, y mil veces me repite, que el duque, ese á quien ella creia muerto sin haberles recordado y que tiene allí un castillo, y una masía muy cerca, es el padre de su señorita, la prometida de D. Angel.

*Coronel.* Mira, chica, tú desbarras ó te han engañado en tonto: mi hijo no tiene ninguna novia, y esa señorita,

con tu señora Tomasa, han engatusado á un señor, rico labrador del pueblo.

*Pubilla.* Vamos, señor, que á Vd. también le dan gato por liebre, como al ganso de don Quim. Lo que es de eso sé yo mucho más que Vd. y que todos juntos, y también que el señor juez. Yo sé que allá en Villafranca, desde que vino D. Angel á esta ciudad de Madrid..... al principio sólo había sollozos y gimoteos, y los suspiros y llantos que secaba la buena de la Tomasa, siguiendo los planes que salían de la botica; pero á poco, aunque la cayeran chuzos de punta, iba, al salir de misa, cada día la señorita al correo; ponía ella misma sus sellos, que nunca paraba en uno, y echaba por el buzón su pliego cerrado, mirando luego sin pestañear y empinada de puntillas, para asegurarse de que cayera en el cesto *(con tono intencionado)*; para espiar fuese engullida su carta al traspasar la bocaza, glotona como ballena, y convientre sin medida, cual solitaria insaciable. Así como sé que el cartero cada día llevaba á la señorita su

pliego, que yo ví era de Madrid, porque para verlo y saberlo es que yo aprendí á leer..... y se.....

*Serapio.* Pues mejor hubieras hecho en seguir al cartero y decirle á esa señorita lo que nos cuentas á nosotros.

*Pubilla.* Anda, y eso es á lo que vengo, porque yo sabía que la señorita y doña Tomasa habían de venir aquí.

*Coronel.* No han venido ni vendrán, y ya estás demás aquí.

## ESCENA X

PUBILLA, CORONEL, ACADÉMICO, ANGEL, ayudado de DON TELLO y vestido de uniforme

*Angel.* Padre, dispénseme, y déme Vd. su perdon; déjeme usted preguntar á la Pubilla dónde está doña Tomasa.

*Pubilla.* Y, sobre todo, la señorita, ¿verdad?

*Coronel.* Es la primera vez que rehuiste mi consejo. Y por añadidura, ahora saltas de la cama.

*Téllez.* Lo cual era de esperar.

*Coronel.* (*Ap.*) Pero él encontrará el mal; ¡pobre hijo de mi alma! Ahora lo que interesa es curarle de su herida. (*Le hacen sentar, pero luego al hablar se levanta.*)

## ESCENA XI

DICHOS, Y GENERAL

*General.* ¿Estorbo? (*Al ver tanta gente.*)

*Angel.* Mi general, ya me habrá Vd. exculpado de aparente rebelión, que no dependió de mí.

*General.* Ni de mí lo sucedido, que deploro.

*Coronel.* Pubilla, véte de aquí.....

*Pubilla.* (*Interrumpiendo.*) Vamos, señor sargento, diga Vd. pronto dónde está la señorita y su aya doña Tomasa.

*Angel.* Yo nada sé, y de impaciencia desmayo.

*Serapio.* ¿Por qué le dejó venir, capitán? (*Haciéndolo sentar, pero sin lograrlo más que breves instantes.*)

*Téllez.* No le pude contener al reconocer su voz.

*Pubilla.* Pues yo no he venido en balde, ni para esto he via-

jado en cajón tantas horas..... Ellas andarán muy cerca y á esta casa habrán venido.

*Angel.* La portera sabrá algo. La mandaremos subir.

*Pubilla.* Es verdad, que ahora comprendo que la portera todo lo sabe, porque todo lo pregunta. Pues corro á ver la portera.

## ESCENA XII

DICHOS, MENOS PUBILLA

*General.* No quisiera aquí estorbar. Ya que le veo á Vd. tan fuerte, le diré que vengo á Vds. con lo que Dios quiso no sea mío, aunque escrito para mí..... (*Enseña la carta, alargándola, para D. Angel.*)

*Angel.* Abrala, mi general. La carta le dirá á Vd. que á la señora duquesa nadie puede reprocharla. Lea Vd. lo que decía el moribundo, y verá Vd. adjunto el pliego que le cayó de los otros que leía.

*General.* Mi esposa, duquesa de Errín, al regresar de ese campo, que malos recuerdos ha de tener para mí, y sin otro antecedente, se echó espontánea á mi cuello, declarándome menos de lo que necesitaba para creer y absolverla. Estaba loca, y el gran ejemplo de Vd. la devolvía la razón, que á su vez recuperaba en tres horas de pensar y comprender el placer de sus deberes. Ella cree que su dignidad le exige venir aquí y decírselo á Vd. mismo al devolverle la carta, que Vd. la escribiría ciego, sin duda, llenas, empero, sus frases del mayor respeto, según me ha explicado Luisa. La duquesa me ha dicho sus disquisiciones y metafísico modo de apreciar Vd. el querer. Y en esas alturas encaja el respeto á lo ajeno, siendo iguales todas las cartas de ese estilo que adivinan los que tengan sentimientos.

*Angel.* No, general, si esa carta no va dirigida á esa Luisa; vea Vd. el final, que es lo que conviene lea Vd., y le ruego. (*Al fin la abre el general, que no quería, y que hace señas afirmativas al leerla.*)

## ESCENA XIII

PUBILLA, DUQUESA, SEÑORITA, Y DICHOS

*Pubilla.* Si me propuse encontrarla..... En la iglesia estaban todos sin verse unos á los otros.

*Duq.* Con permiso de mi esposo, al que había de encontrar yo aquí, cuando saliera de San Luis, y con relación de esta chica que completa mis noticias, traigo yo á Angel su Luisa, pues ya veo claro, á Dios gracias, y todo la comprendo ahora, como debí comprender que el deber ante las pasiones tiene grande autoridad cuando se piensa que hay felicidad en cumplirlo. En el atrio de la iglesia hemos tenido un coloquio para convencer á Luisa de que podía venir conmigo, y á la Tomasa que la dejase subir.

*Serapio.* Y más, siendo esta la casa del albacea de su padre, el señor duque de Elva, cuya herencia será suya, llamándola el testador.

*Duq.* Cuánto me alegro del caso que me ha explicado la villafranquina al unirnos enfrentito, aquí en San Luis, donde Tomasa y pupila han rezado desde ayer, llegadas en el expreso, para saber de su Angel, que es bien suyo y doy de ello entera fe.

*General.* Pero qué mudos están los interesados. (*Estos están cabizbajos cerca del coronel, severo éste, sentado Angel y Luisa de rodillas.*)

*Duq.* Vamos, Sr. de Andrade, que ahora ya cesó la oposición de que me ha hablado Tomasa. Una niña inmejorable es para llenar á un padre.

*Angel.* Gracias, duquesa, pero aún mi padre se opone.

*General.*
*Duq.*
*Téllez.*
*Pubilla.*
*Serapio.* } ¿Cómo?

*Coronel.* Siento me fuercen á hablar, porque hay cosas que la delicadeza rechaza y meneallas es peor.

*Angel.* ¡Padre!..... Hay silencios elocuentes, pero los hay muy dañinos, y hoy el de Vd. ya se ha hecho insostenible.

*Coronel.* Sea, ya que tú lo quieres. Luisita no puede ser de

Angel, porque alguien confía en su mano y la dicha de mi hijo no se cifra en acaparar fortuna.

*Señorita.* Señor..... le ruego.....

*Angel.* Padre, no siga Vd. por ahí. Ignoro lo que Vd. dice y ni aun he de preguntarlo. Eso ofendería á mi Luisa. Su alma y la mía se han leído desde lejos y las vemos transparentes como el más puro cristal. ¿Acaso sin tener fe me hubiera yo separado? En cambio, seguros ambos, huyendo de lo romántico, quise tener mi carrera, ser hombre y probar nuestros afectos.

*Duq.* Y los tienen bien probados. Puedo dar mi testimonio de que Tomasa, en su honradez, ha sufrido gran escrúpulo y está en penitente oración por haber entretenido con promesas á D. Quim, al que jamás vió Luisita ni quiso saber de él. (*El coronel abraza á sus hijos.*)

*Pubilla.* Y yo no debo callar que todo lo expliqué á D. Quim. Ya nada gano aquí. Vds. queden con Dios.

*Téllez.* ¿Te vas?

*Pubilla.* Ahora voy á ver este Madrid, con mi primo el húsar, en lo que queda de día, para aprovechar el tiempo.

*Téllez.* ¿Tu primo? Aquel que pescastes al anzuelo, haciéndole voluntario, y se ha comido un buen sueldo que no estaba en presupuestos.

*Pubilla.* Ya sabía yo que la señorona y dama de S. M. no iba á dejar mi primo en puertas.—Ella quería un hijo, y yo le conseguí dos.

*Téllez.* Sí; pero no contabas que mamó Angel otra savia, y no creció calculista como tú, que nos has dicho obras siempre con tu cuenta y razón.

*Pubilla.* Mi primo ya me escribió que, aunque el derecho era de D. Angel, aquella señora princesa le concedió la pensión; pero siempre seguí creyendo serían dos los pensionados.

*Serapio.* Tu primo se come el salario, y Angel sostuvo lo que oistes en el pueblo.

*Pubilla.* Ya..... ¿Ustedes, qué me cuentan? ¿Quieren Vds. que crea que aquella hermosa señora, estando al lado de la corte y siendo tan poderosa y tan rica, pase por una roñosa y nada diera á D. Angel?

*Serapio.* ¡Y la llama roñosa! Así son las gentes escuchando

su egoismo. ¿Te parece poco espléndida la dádiva del voluntario? ¡Dádiva tan elocuente!

*Pubilla.* ¡Sí, buena dádiva!—Vea Vd. por ella cuánto tuve que triscar y lo que hube de correr para formar este plan. ¡Ya lo creo que es roñería, á pesar de haber la dádiva que Vd. la llama elocuente!

*Serapio.* Tú no comprenderás nunca lo que te suena, como á los que sólo calculan. ¡Aquí de los sermones del cura! —La señora le daría cuanto Angel quisiese pedir; pero éste sólo le ha pedido ayudarla en sus limosnas y en cuanto ella le ordene, siendo desde entonces quien le investiga sus pobres, quien los visita y enjuga las lágrimas en nombre de la donadora.

*Pubilla.* (*Convencida.*) ¡Caramba, y qué par!..... Lo propio hacían allá, en Villafranca, su prometida y Tomasa.

*Serapio.* Desde los reyes hasta los menesterosos, hay muchos pares así; sólo que esos que no ves no se lo dicen á nadie; obran y callan, y no son sus limosnas como las de la filantropía.

*Téllez.* ¿Y cuándo te vas al pueblo?

*Pubilla.* Toma, hoy. Esta tarde. Madre me enseñó desde chica que por las noches á casa; que así sale tiempo para otras labores de las que de día ocupan.

*Serapio.* Eso es muy de tu provincia. ¡Ay, si con tanto hacer tiempo los españoles no lo dilapidáramos! No estaría en peligro el Erario. Pues lo que es tú el día de hoy lo habrás bien aprovechado.

*Pubilla.* Veo que he hecho el bien sin pensarlo, y ahora, ya libre D. Quim, se lo disputo á todas las mozas de allá.

*Téllez.* ¿Y piensas se case contigo?

*Pubilla.* Ahora sí, porque yo sé lo que le gusta á D, Quim, y además, pendiente de mi negocio, estudié también al padre, que se debe contentar..

*Téllez.* (*Aparte á D. Serapio.*) Verá Vd. en seguida cómo canta esta calandria.... (*Alto.*) Con que ¿no piensan lo mismo ese padre y ese hijo?

*Pubilla.* (*Con tono confidencial.*) El uno desea mujer hacendosa y que guarde economía, y el otro, con un fondo de lo mismo, quiere aparentar de grande y dárselas de opulento, pero estará satisfecho con reservarle el secreto de sus viajes simulados y de gastos que

supone diciendo que allá no entendemos lo que él llama su modo de darse lustre entre otras miles de formas que enseñan en la ciudad.

*Téllez.* Oiga: ¿también se cosecha allá esa clase de productos?

*Serapio.* Como en todas partes.... Téllez.... Prosperan de lleno, en eso, doctrinas de librecambio y cabotaje sin trabas. Si pagasen derechos y flete mercancías de esa clase, nadaba el Estado en oro y multiplicaban acciones las industrias ferroviarias y las empresas navieras. No hay decomiso posible, y pasa, hasta declarado, todo ese grueso equipaje.

*Téllez.* Creíalo dentro de puertas sin riesgo de matuteros. *(A la Pubilla.)* Con que Pubilleta, ¿tú ya estudiaste á D. Quim y hasta á su padre?....

*Pubilla.* *(Interrumpiendo.)* Como que dice mi madre que la mujer que no hace eso es que está predestinada. Lo primero es el hábito de origen y las señas personales, y luego ver si puede amoldarse cada uno á cada una.

*Serapio.* *(Con cariñoso tono.)* De suerte que tu D. Quim..... Es fácil de mejorar....

*Pubilla.* Los dos nos mejoraremos, que ese es el fin á que vamos. *(Tono de murmuración.)* Lo estropearon un poquillo convidándole al gran baile de la última fiesta mayor. Desde que estrenó aquel ropaje encarnado con que tanto le miraban, quiere triunfar y ser visto, y qué le estampen el nombre y lo traigan y lo lleven en los papeles impresos, pero es de muy buena pasta, y aunque dice que en cuanto muera su padre ha de venir á Madrid y va á nublar hasta el Alba, yo con maña y suavemente lograré estemos ignorados y queditos y deje al Alba que brille y luzca y deslumbre, que con no echarle la vista no he de sufrir de mal de ojos. Los nublados no me gustan; que se empieza por nublados y luego vienen los rayos y las centellas, á que están predestinados cuantos estiren los pies hasta fuera de su sábana.

*Téllez.* Me caso si encuentro aquí otras que piensen lo mismo.

*Serapio.* Pues encargue los confites, que abunda también el plato, sólo que es guiso casero, y de esa cocina sen-

cilla nadie más que Thebusén y Muro, ó neófitos cual Pérez, ó sus valientes maestros se atreven á dar menús.

*Téllez.* En cuantito ascienda le pido el plan á esta chica.

*Serapio.* «Plan, como todos, al fin», NADA NUEVO Y DRAMA VIEJO.

*Téllez.* Pérez decía, que falseando la Pubilla, cabríale aquí argumento para una casi tragedia. Pero doctor, con todo y su desenlace debemos culparnos Vd. y yo no habiendo evitado esa herida, porque el desafío, nosotros, padrinos, lo debimos impedir.

*Duq.* La que se culpa soy yo, pero en el pecado llevo interna penitencia, y desde que pienso me alivia una recompensa en mi fe.

*Angel.* Y hoy por mano de Vd., y para siempre, gozamos dos de satisfacción inmensa.

## FIN DEL DRAMA

NOTA. Los tipos de esta obrita son todos tomados del natural, para que haya mayor realismo.—El coronel de inválidos es retrato del celebérrimo cabo Mur, que vive en el cuartel de dicho cuerpo, como asimismo andan por ahí los más de los personajes fotografiados —La computación de empleos á que alude el acto tercero, está justificada por dos casos recientísimos, y la generosidad del general, tanto lo está por la que usa antes Angel no disparándole, como por haberla realmente presenciado en caso práctico semejante, el autor.

El título de doctor es una categoría respetable, con derechos y tratamientos que las leyes amparan.

## ERRATAS DESLIZADAS EN ESTE DRAMA

En la página 22, líneas 22 y 23, donde dice: «¿qué otras perfecciones extremó el Hacedor en su obra más bella?» debe leerse: «*que otras perfecciones extremó el Hacedor en su obra más bella.*»

En la misma página, línea 36, que dice: «*Rosita.* Rafael,» etc., y acaba con el entreparéntesis *(Tono y gesto galante)*, éste corresponde á la línea 37, que debe leerse: «*Pérez. (Tono y gesto galante.)*»

En la página 29, línea 23, que se lee: «*Yo faró la tua sorella piu* GRANDA *giá,*» etc., debe leerse: «*Yo faró la tua sorella piu* GRANDE *giá.*» etc.